



KAY FRANCIS
GEORGE BRENT

LA MUNDANA

EDICIONES
BISTAGNE



LA MUNDANA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

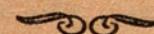
Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841 - BARCELONA

LA MUNDANA

Interesantísimo asunto dramático, de amor y celos

Dirección de
MICHAEL CURTIZ

En un film de la prestigiosa marca
WARNER BROS-FIRST NATIONAL



Distribuido por
WARNER BROS-FIRST NATIONAL FILMS, S. A. E.

Paseo de Gracia, 77
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

INTÉPRETES PRINCIPALES:

KAY FRANCIS

y

GEORGE BRENT

La mundana

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

La carta era contundente en su brevísima simplicidad. Unas pocas líneas escritas de prisa, por una mano temblorosa, pocos momentos antes de tomar una de esas resoluciones definitivas sobre las que ya no puede volverse nunca más.

“Queridísima Ana: La vida no me brinda más que humillaciones y miserias. Prefiero acabar de una vez para siempre. Adiós. Maurice.”

Ana comprendió que aquella carta era precursora de un desenlace trágico, de una tragedia que podría

ser también la tragedia de su vida, de su felicidad, de su sosiego...

Sabía que Maurice era capaz de todo y que acaso la perseguiría con su sombra maléfica hasta más allá de la muerte, y esto era lo que ella quería evitar a toda costa. Ana ya no tenía que ver nada con Maurice. Es cierto que había sido su esposo; pero aquello era una cuenta que debiera estar totalmente saldada si la maldad de Maurice no la hubiera prolongado para sacar de ella ventajas y provechos en perju-

cio de la mujer que un día le dispensara sus favores y su cariño.

Ahora Ana estaba unida a otro hombre que la quería, que la rodeaba de fastuosidad y regalo, que no veía más que por sus ojos: Schuyler Brooks, un hombre ya maduro. La belleza, la juventud y el encanto irresistible de su esposa le tenían siempre en continuo sobresalto y le atormentaban unos celos apasionados que le hacían cometer actos absurdos y muchas veces crueles; pero Ana le agradecía aún aquellos mismos celos que eran muestra del amor que la tenía y estaba dispuesta a evitar fuera por el medio que fuera, que su marido sospechara con fundamento de causa de su honorabilidad, que él creía intachable. Y Maurice, su primer marido, del que quiso divorciarse y cuyo proceso de separación quedara en suspenso por las malas artes del marido, que, al saberla casada con un hombre rico y poderoso, quiso aprovecharse de ello por medio del chantaje, estaba allí, siempre amenazante, siempre alerta, siempre acechando en la sombra el momento de poner a Ana el puñal en el pecho: "o me das tantos miles de dólares o le digo a Schuyler Brooks

que no eres libre, que tengo derecho a arrancarte de sus brazos y a hacerte volver a nuestro hogar."

El suicidio de Maurice podría ser su liberación... pero podía ser también su ruina completa si dejaba tras sí indicios de las relaciones que con ella había sostenido y si ellas llegaban a conocimiento del celoso Schuyler. Esto era lo que Ana quería evitar; era preciso correr a la casa de Maurice antes de que fuera conocida por la policía la muerte de aquel hombre, y hacer desaparecer todo cuanto pudiera comprometerla, todo lo que fuera una patente acusación de su pasado no demasiado límpido para las exigencias celosas de su actual esposo.

Ana, nerviosa, agitada, presintiendo todos los horrores que la muerte de Maurice pudieran acarrearle, no titubeó ni un momento y corrió a la casa de su antiguo marido para ser ella misma la que vigilara con mirada certera e instinto perspicaz, todo lo que aquel hombre perverso dejara tras sí para comprometerla y hacerla desgraciada, después de muerto, como la había hecho en vida.

Penetró en casa de Maurice con-

vencida de encontrarse ante un cuadro horripilante... pero no; todo estaba en orden, quieto y sosegado todo; no había ni el revólver caído en el suelo, ni el cuerpo desplomado, ni el hilillo de sangre brotando de las sienes o del corazón, como ella imaginara... El propio Maurice, sonriendo cínicamente, la recibió con su empalagosa amabilidad. En su mano mostraba una pequeña botella cuya etiqueta decía: veneno.

—Llegas a tiempo. Entra; siéntate y charlemos un rato.

Ana se pasó la mano por los ojos para ahuyentar la visión aterradora que pensó encontrar allí y para reconcentrarse en sí misma y comprender en un instante las intenciones malvadas de aquel hombre. Searía, sin aceptar la invitación que Maurice le había hecho, en pie, firme, esbelta y retadora, dijo con la voz un poco enronquecida por el odio:

—¿Te has acobardado? Ni siquiera sirves para eso, Maurice. No tienes valor para ingerir la poción y acabar con esa vida tuya tan miserable.

—El veneno lo guardaba para los postres... querida. ¿Tan necio

me creíste que has imaginado que en verdad me iba a quitar la vida? No, ahora menos que antes, porque ahora te tengo a ti para que satisfagas mis caprichos.

—Sí, he sido una necia. No sé cómo no comprendí que era un lazo que me tendías. Las mujeres no somos nunca capaces de comprender el grado de maldad que puede encerrar el corazón de un malvado... En cambio, tú sabes muy bien que sólo así, con una estratagema semejante, podías hacerme venir, y no has titubeado en mentir una vez más. ¡Eres un canalla!...

—He telefoneado muchas veces a tu casa; pero nunca contestas, Ana; necesito dinero y sólo tú me lo puedes dar. No sabía cómo hacerte venir. Algo tenía que inventar para poder hablarte. Ahora estás aquí y tienes que oírme a la fuerza. No te enfades, porque no vas a sacar nada con ello. Ya sabes que la fuerza está de mi parte... A mujeres como tú no les sienta bien la ingenuidad. Debiste ser más maliciosa antes de casarte con ese Schuyler al que ahora quieras evitarle disgustos. Tu inocencia te ha costado cara; pero para mí ha sido un regalo maravilloso.

—¡Infame!—gimió Ana desolada ante el cinismo y la desvergüenza de Maurice—. Te di diez mil dólares para que callaras, para que me dejaras tranquila. ¿Qué más quieres?

—Diez mil dólares son una pequeña suma, Ana. Estoy ya sin un triste centavo... Y ¿no te parece comprar muy barata tu felicidad por diez mil dólares?

—¡Ojalá no te hubiera conocido! —siguió diciendo Ana como hablando consigo misma—. Serás mi sombra mala, mi perdición, mi ruina. Pero no importa, estoy decidida a ser inflexible. Haz lo que quieras.

—¿Y no te penará luego esa... inflexibilidad? Mira, Ana, hablemos claro; dame cincuenta mil dólares y te prometo no volver a ponerte en tu camino. Me parece que te hago un precio razonable... de amigo, ¿no es cierto?

—¡Una suma así no se encuentra fácilmente!

—Pídesela a tu esposo. Para él no representa apenas nada esa cantidad.

—Jamás. No lo haré jamás. Mi marido recela de todo... ¡Le he tenido que decir tantas mentiras, he tenido que valerme de tantos sub-

terfugios para que no conociera la verdad!... No quiero exponerme a una ruptura. ¡Tendría que explicarle el motivo que me empuja a pedirle ese dinero, y no puedo!...

—Si tú no puedes, se lo pediré yo y en paz. Yo no he de temer nada. Necesito esta cantidad. Si tú no me la das, yo la conseguiré como sea... Quizá te desagradará el procedimiento.

Ana reflexionó unos momentos, sumamente preocupada por las palabras de aquel hombre malvado, pesó los pros y los contras que una determinación demasiado extrema da tenía para su porvenir, vió que era un camino escabroso en el que podía zozobrar, y energica, irguiendo su figura arrogante de mujer ofendida, dijo mordiendo las palabras:

—Te daré por esta vez lo que me pides. Si luego no cumples tu promesa y vuelves con amenazas, no me importa, te denunciaré a la policía y caeremos los dos.

Ana decía aquello sin convencimiento, segura de que nunca sería capaz de descubrir la verdad, la dura y cruel verdad al hombre magnánimo que la amparaba con su nombre y su fortuna; pero creyó

aquél el mejor medio para atemorizar a Maurice, al que sabía cobarde.

—Llámame a este número mañana... No, el miércoles será mejor. Yo te prometo darte el dinero que me pides.

Maurice se le acercó y fijándose en el magnífico collar de perlas que adornaba su escote, tiró de él con fuerza, diciendo:

—¡Bonito collar! Lo guardaré como garantía. A menos que quisieras quedarte, en cuyo caso, te lo devolvería—añadió insinuante.

Ana tuvo una mirada de desprecio para el cinismo de aquel hombre y, deshaciéndose de los brazos que trataban de retenerla, se dirigió a la puerta, desde cuyo umbral dijo a Maurice:

—Si alguna vez se te ocurre suicidarte *de veras*, con mucho gusto te ayudaré.

Estaba aturdida y desesperada. Aquella situación equívoca y delicada no podía prolongarse más. Su marido podría descubrir de un momento a otro su pasado tormentoso, su casamiento con Maurice que la ley no había anulado aún, la falsedad de todo cuanto ella le había dicho y contado de un pasado que no

fué para ella halagüeño y que ahora podía pesar como una fatalidad sobre su vida entera.

Regresó tarde a su casa. Subió presurosa y de puntillas la ancha escalera de mármol que conducía a sus habitaciones. Todo dormía en un silencio profundo, impresionante, que a ella le parecía acusador. Sentía como si mil ojos vigilantes la acecharan, ocultos tras las esbeltas columnas de mármol, en el hueco de puertas y ventanales o en el interior mismo de los ricos muebles que decoraban las lujosas estancias que atravesaba. De vez en cuando se paraba para escuchar mejor, sorprendida de que no se hubiera posado todavía sobre su hombro una mano férrea que la detuviera. Ana, tan elegante y distinguida, de porte y de figura, acostumbrada a dominar en todas partes con su sola presencia, se veía ahora poco menos que insignificante en el ámbito solemne de aquella mansión, de la cual podía ser lanzada, vergonzosamente, de un momento a otro. Fué a plantarse ante la puerta que comunicaba con la habitación de su ilegítimo marido. Acercó el oído a la puerta y escuchó con ansiedad. No oyó nada. Pero al otro lado, en

la misma posición que ella, estaba Schuyler Brooks. Cada uno podía oír a través de la puerta la respiración anhelante del otro, si ambos no hubieran hecho lo posible por contenerla. Ambos llevaron varias veces su mano a la manivela con ánimo de abrir la puerta y desistieron otras tantas, hasta que, al fin, Schuyler Brooks se decidió a abrir para encontrarse frente a frente con el gesto de asombro y de miedo que hizo Ana al verse de repente descubierta. Schuyler, sin embargo, no la reprochó nada. Solamente sus ojos, clavados en ella con insistencia extraña, daban algo que temer. La miraba con insistencia, con una mirada fría, un poco dura, penetrante como un cuchillo afilado que laceraba el alma de Ana con un miedo extraño, como si un presentimiento de algo terrible la atormentara. ¿Qué iba a pasar entre ella y aquel hombre al que engañara tan miserablemente?...

Unos minutos de silencio... Luego Schuyler se repuso, dulcificó la expresión, y con un tonillo un tanto irónico dijo:

—No te oí entrar, querida—le dijo mientras seguía mirándola fijamente para adivinar el secreto

que pudiera ocultarse tras aquella frente mate y tersa que se le antojaba a él llena de negruras y trai-ciones.

—Entré despacio para no despertarte — respondió Ana procurando esquivar la mirada inquisidora de su marido—. Pensé que a estas horas ya estarías dormido.

—No, no dormía... ¡Te esperaba!... Dime, ¿dónde has estado? ¿Por qué tenías tanta prisa en salir a la calle después de la comida?

La preguntaba apremiante, enérgico, deseoso de conocer la verdad. Ana tardó unos momentos en replicar, pesó sus palabras con miedo y luego, titubeando, le dijo:

—Estaba nerviosa... y necesitaba recuperar mi equilibrio. Por esto me marché a dar un largo paseo. Tú sabes que me hace bien caminar...

Schuyler seguía mirándola fijamente sin creer gran cosa en lo que su mujer le contaba... ¿Era verdad aquella excusa de nerviosismo? Y si era verdad, ¿de qué provenía aquél desequilibrio nervioso incomprendible en un mujer que tiene tanta fuerza de voluntad?

—Quizás sea cierto lo que me di-

ces, querida; pero no me satisfacen tus explicaciones... Yo quisiera saber concretamente dónde has ido, con quién has estado, qué has hecho en estas horas que no has estado en casa.

—Ya te lo he dicho; he paseado sola; eso es todo—replicó Ana secamente.

—Está bien. Buenas noches. Espero que ahora, calmado tu nerviosismo, podrás descansar tranquilamente. Hasta mañana... ¿Querrás almorzar conmigo en la oficina?

—¿Mañana? — preguntó Ana pensando unos momentos lo que debía hacer al día siguiente—. ¡Oh, no, gracias, no puedo!... Me ha citado tu hermana para mañana a esa hora precisamente.

Aquella noche, Schuyler Brooks anotó en su pequeño memorándum estas breves palabras que eran para él todo un mundo de misterios y de cavilaciones:

“Ha regresado a las diez de la noche. Investigar la falta del collar y su cita con mi hermana.”

* * *

A la mañana siguiente el primer ciudadano de Schuyler Brooks fue llamar a su chofer. Era éste el encargado de vigilar muy de cerca a la señora y traer al amo todos los detalles de sus idas y venidas por la

populosa ciudad, llena de tentacio-

nes y de peligros que Schuyler se complacía en agrandar y en hacerlos más tenebrosos.

El chofer, adicto al amo, sabiendo que el empleo dependía de cumplir las órdenes estrictas que éste le daba respecto a la conducta de

su mujer, se prestaba a aquella especie de espionaje que repugnaba un poco a su temperamento, pero al que se veía obligado por la fuerza que sobre él ejercía el despotismo de Schuyler.

Aquella mañana el señor se encaró con el criado y le preguntó sin preámbulos:

—¿Dónde fuiste ayer con la señora?

—La conduje por diversas calles, dimos un largo paseo...—respondió el chofer evasivamente.

—¿Y no os detuvisteis en ninguna parte?

—Sí, señor, la señora descendió del coche una vez.

—¿Fué para pasear?

—No, señor, no recuerdo que la señora caminara, estuvo siempre metida en el automóvil y sólo descendió para entrar en una casa.

—¿Qué casa es ésa? ¿En qué calle? — preguntó ansioso Schuyler.

—No recuerdo, señor. La señora no me dió ninguna dirección fija. Después de vagar un buen rato y cuando pasábamos precisamente por frente a determinada casa me ordenó que parara, se apeó y no sé nada más. No di importancia al su-

ceso y no me fijé ni en el nombre de la calle ni en el número de la casa.

—Le tengo dicho que nada es insignificante para mí en la vida de la señora. Me interesa todo, ¿comprende? Todo, y le he ordenado repetidas veces que no pierda detalle cuando va con ella.

El chofer bajó la cabeza humillado, mientras Schuyler continuó el interrogatorio.

—Al salir de esa casa misteriosa, llevaba la señora el collar de perlas que tenía puesto cuando entró en ella?

—¿El collar de perlas?—repitió el chofer asombrado.

—Sí, el collar de perlas, el collar de perlas — repitió a su vez Schuyler Brooks lleno de enojo.

—No me fijé en ese detalle, señor—contestó el criado volviendo a humillar su cabeza seguro de que esta vez las iras de su amo iban a caer terribles sobre él.

—Es preciso que vigile mejor a la señora cuando sale con ella para que luego pueda contestarme concretamente a todas cuantas preguntas yo le haga. No quiero evasivas, ¿entiende? Si se repite el caso de hoy quedará usted despedido.

El chofer salió de la habitación sin añadir palabra, temeroso de enojar más a aquel hombre suspicaz y terrible que le sometía a la dura afrenta de hacerle un espía vil y rastrero.

Ana, atormentada por los celos absurdos de su esposo, tomó la resolución de contar toda la historia de su vida a la hermana de Schuyler Brooks.

Portia Brooks era una señora comprensiva, amable, buena, en la que Ana confiaba para encontrar solución a los males y peligros que incesantemente la acosaban. Estaba segura de que Portia le daría un consejo sano y acertado y por esto le había anunciado su visita con antelación, para que Portia la recibiera y escuchara atentamente su confesión y le diera una idea para salir de aquella situación penosísima abriéndole un camino en la oscuridad en que se debatía.

Ana estaba esta vez resuelta a todo; a todo menos a que su primer marido se enfrentase con Schuyler, al que debía la tranquilidad de su vida, aunque tuviese que sufrir los alfilerazos de sus celos que la rodeaban y la espiaban sin clemencia por todas partes.

Portia recibió a Ana con su amable sonrisa y su dulzura habitual. La animó para que le confiara todos sus secretos. La dijo palabras de afecto para despertar su confianza y Ana, ya sin temores, comenzó a hablar:

—He sido muy desgraciada, muy desgraciada. La vida ha tenido para mí realidades muy crueles y empecé a vivir demasiado pronto...

—Continúa, no temas...—le dijo Portia animándola con la mirada para que prosiguiera Ana la difícil confesión.

—Tenía diez y seis años cuando conocí al hombre que fué mi perdición.

—Diez y seis años? Cuando se es tan niña es muy duro tener que andar sola por la vida sin una mano amiga que nos haga ver los peligros y las traiciones que nos acechan en ella.

—Yo no sabía nada de la vida, porque nadie me había hablado de ella. Era una chiquilla alegre y confiada. Me gustaba mucho bailar y Maurice era un buen bailarín.

—Maurice es el nombre del hombre que es tu desgracia?

—Sí. El me contrató para formar juntos una pareja de baile. Nos ex-

hibimos con muy buen éxito... Erámos jóvenes, estábamos siempre juntos... y... naturalmente, sucedió lo que tenía que suceder... me enamoré locamente de él.

Ana se detuvo un momento sin atreverse a seguir contando su relato, pero Portia la animó dulcemente.

—Era el primer hombre al que trataba íntimamente y que me consideraba a mí ya como una mujer, no como una niña, como me habían tratado todos hasta entonces... Poco tiempo después nos casamos porque él sabía que era éste el único medio de guardarme a su lado y yo le hacía falta para ganarse la vida más cómodamente...

—¡Malvado! — exclamó Portia haciéndose cargo de lo que había pasado entre aquellos dos seres.

—Sí, pronto comprendí que no era nada más que eso: ¡un malvado!... Me daba malos tratos, me abandonaba muchas veces para correr en busca de otras aventuras; se quedaba con todo el dinero para malgastarlo con sus amigos en francachelas asquerosas...

—¡Pobre, pobre niña! —suspiró Portia sinceramente emocionada.

—Soporté algún tiempo aquella

vida... pero era demasiado joven para renunciar a todo tan pronto y para siempre... Un día me negué a bailar con él... Me maltrató, me insultó, llegó a pegarme. Luego dijo que quería divorciarse de mí para volverse a casar con otra mujer a la que amaba. Yo vi en aquel deseo formulado por él mi liberación. Consentí y regresamos a América para entablar el divorcio...

—¿Y fué entonces cuando conociste a mi hermano?

—Sí — contestó Ana bajando la cabeza y callándose, sin atreverse a proseguir.

—No temas, no te detengas, sigue tu relato.

—Maurice me aseguró que el divorcio se estaba tramitando y que iba a fallarse, pero le hacían falta unos centenares de dólares para completar los gastos. Se los di... ¡Todo era mentira! No completó el divorcio porque ha querido explotarme cometiendo chantage... Ahora me exige cincuenta mil dólares para que él siga guardando silencio y si no se los doy me amenaza con contárselo todo a mi marido...

—¿Y qué piensas hacer?

—No sé... Yo no tengo esa suma ni se la puedo pedir a Schuyler,

que recela de mí y me vigila a todas horas. Esta situación no puede seguir. ¡Estoy aniquilada, deshecha, desesperada!...

—Ten calma, querida, y cuenta conmigo. Anularemos ese matrimonio sin escándalo, tú verás. Lo primordial es que tú prepares un viaje dondequieras que sea.

—¡Pero Maurice me seguirá donde vaya! — exclamó Ana con desaliento.

—Mejor; sería una gran solución. ¡No dices que Maurice es extranjero?

—Sí; no es norteamericano.

—Pues entonces la situación tiene fácil arreglo. Si te sigue, yo me apresuró a telegrafiar a Washington, consigo la anulación del pasaporte de Maurice y así tú puedes regresar tranquilamente y ser dichosa sin temores ni sobresaltos, mientras que ese hombre se verá imposibilitado de volver a entrar en Estados Unidos.

—¡Magnífico! — exclamó Ana satisfecha de la idea de su cuñada.

—¿No te decía yo que todo se arreglaría satisfactoriamente?

—Gracias, Portia, me has devuelto la tranquilidad.

Ana salió de casa de su cuñada

reconfortada por sus buenas palabras y por el atinado consejo que le acababa de dar.

Estaba segura de que un corto viaje, en las circunstancias en que se encontraba, le haría mucho bien. Necesitaba cambiar de ambiente, y, sobre todo, dejar por unos días aquella persecución odiosa de que la hacía víctima su marido.

¡Oh!... ¡Poder respirar libremente, a plenos pulmones, con toda su alma, otro clima y otro ambiente; bañarse bajo el sol; ver caras nuevas y escuchar nuevas voces... contemplar nuevos panoramas y admirar otros países!...

Ana se sintió casi feliz. Marcharía a Cuba, a La Habana. No quería alejarse demasiado de Nueva York ni quería estar mucho tiempo lejos de su hogar. Sólo quería tomarse unas pequeñas vacaciones, como una colegiada cansada de la severidad y disciplina de la universidad. ¡Qué dicha!... ¡Quince días de vacaciones como una colegiala!...

Una sonrisa de satisfacción le entreabrió los labios, jugosos y frescos, y una chispa de luz avivó el fuego de sus ojos oscuros y espléndidos de muchacha del sur.

Ana contó a su esposo su gran deseo de hacer un pequeño viaje para recuperar la perdida calma.

—No comprendo qué necesidad tienes de desplazarte para encontrar sosiego a tus nervios desequilibrados—le dijo Schuyler sin comprender el vivo deseo que sentía su esposa.

Aquel viaje que Ana deseaba tan ardientemente le alarmaba, le daba miedo la alegría mal reprimida con que Ana hablaba de aquellos quince días de vacaciones de que quería gozar ella sola, sin su marido, sin su doncella, sin nadie que la atendiera en caso de necesidad.

—¿Por qué no quieres que nadie te acompañe? — le preguntó insistentemente.

—Porque lo que necesito es soledad, querido, recuperarme a mí misma, ¿no me comprendes?

El marido no comprendía, pero los celos malditos, consejeros perversos y crueles, inspiraron a Schuyler algo terrible y diabólico. Ocultó el descontento que le producía el proyecto de viaje, acabó aprobándolo y dió su consentimiento sin aparente esfuerzo.

Ayudó a Ana en todos los preparativos. Hizo todo lo necesario

para poner en orden el pasaporte de su mujer, puso entusiasmo en todos los preparativos, atención en los más mínimos detalles, cariño en el itinerario y en los proyectos que en aquellos quince días había de realizar su mujer.

Parecía que era él mismo el que iba a efectuar el viaje, y Ana estaba loca de alegría viendo la ilusión con que su marido se lo preparaba todo y sintiéndose próxima a gozar de una libertad absoluta, lejos de la constante vigilancia celosa e inquieta del esposo.

—¿Estás contenta? —le preguntaba Schuyler a cada rato.

—¿Contenta? — repetía Ana—. Contenta es poco; ¡loca de alegría!

—¿Tanto te ilusiona ese viajecito?

—¡Tanto! ¡Me siento niña y feña! ¿Qué puedes ambicionar más para tu mujercita? —le decía con mimo.

—Nada, es verdad...

Pero Schuyler veía a su esposa demasiado feliz y él se sentía cada vez más atormentado por aquellos celos que le destrozaban el alma.

Miraba a Ana tan hermosa, tan esbelta, tan elegante, tan dueña de sí misma, con sus magníficos ojos

zos, sus labios sensuales, sus formas provocadoras... ¿Dónde iría Ana que no encontrara un enjambre de aduladores, de apasionados por sus encantos incomparables, por su simpatía irresistible?...

—Y por qué quería partir sola?... Ella decía que para reposar... ¿Reposar de qué?... Schuyler no comprendía aquel misterio tras el que veía lucir todas las fantasías que su mente exaltada quería hacerle ver.

Empujado por su deseo de velar sobre la esposa bella y codiciada, Schuyler no pensó en las consecuencias que podría acarrearle el paso que iba a dar y, resueltamente, fué a una empresa detectivesca, especializada en la vigilancia de damas, y habló con el director. Le expuso, veladamente, su caso y le pidió que, costara lo que costara, le pusiera a su disposición al mejor detective que tuviera a su servicio.

—Tengo muchos y todos son muchachos inteligentes y avisados — le dijo el director—. Usted mismo hablará con ellos y comprobará la certitud de mis palabras.

El director apretó el botón del timbre y a los pocos instantes apareció un tipo estrañalario y ordinario,

riote, vestido con un traje claro, sombrero hongo, que no se quitó al entrar, y un enorme puro en la boca, que más que fumarlo lo masticaba entre sus dientes oscurecidos por el humo.

Schuyler hizo un gesto de desaprobación al ver a aquel hombre que era la antítesis de lo que él buscaba.

—No, no es éste el hombre a que me refiero —le dijo el director, que había sorprendido su gesto. Y dirigiéndose al recién llegado le preguntó:

—¿Sabes dónde está Davis?

—Creo que podría encontrarle fácilmente —respondió el interpelado.

—Pues es preciso buscarle y traerle aquí en seguida.

El tipo estrañalario, sin precipitarse, mascando siempre su cigarro, salió sin añadir palabra, mientras el director decía a Schuyler:

—Siéntese, no se impaciente; yo le aseguro que quedará usted satisfecho; tengo al hombre que usted desea. Davis es mi brazo derecho; un especialista en el ramo. Es hombre joven, muy distinguido y muy acostumbrado al trato con las mujeres. Creo que es el único que pue-

de hacer el trabajo que usted desea. Cuando venga, les dejaré a ustedes solos y así podrán entenderse mejor.

Davis era, en efecto, el hombre que el director había dicho. Arrogante, joven, sin una juventud extrema, pero sin haber sobrepasado la línea que conduce hacia la madurez. Era un gentleman, un verdadero caballero por sus modales y su conversación amena y efusiva. Schuyler le estrechó la mano satisfecho.

—Creo que nos vamos a entender—le dijo—. Usted es el hombre a quien busco.

El director dejó solos a los dos hombres y entonces Schuyler, sacando una fotografía de su esposa, la mostró a Davis, mientras le preguntaba:

—¿Conoce usted a esta mujer?
—No, no la he visto en mi vida.

—Pues es la que debe ser vigilada estrechamente mientras dure el viaje que va a realizar. Se llama Ana Vallee. Embarca mañana para La Habana.

—¿Qué va a hacer allá?

—Ese es el misterio que quiero descifrar. Se embarca en el "Santiago"; tiene el camarote número

setenta. Me interesa mucho esa joven y, como viaja sola, quiero protegerla contra cualquier incidente emotivo que pudiera sobrevenirle en el viaje. Por esto quiero que la vigile alguien que sea de mi entera confianza y que esté a mi servicio; alguien que sepa captarse su confianza rápidamente...

—¿Para evitar alguna explosión pasional? — preguntó el detective con aire malicioso.

—¡Oh!... No desconfío de ella... es una mujer muy digna.

—No lo dudo. En su mundo debe creerse en la honorabilidad de todos; en el mío debe desconfiarse... hasta de la propia honorabilidad y estar siempre alerta. Esta es la diferencia que nos separa. Puede usted fiar en mí. Haré cuanto me indica; averiguaré lo que usted no se atreve ni a pensar... y si le necesito irá usted mismo a Cuba para verlo con sus propios ojos, porque vista hace fe.

—No creo que eso sea necesario. ¿Y qué necesita usted para realizar su cometido?

—Necesito un amplio crédito... y tiempo. Lo demás corre de mi cuenta.

L A M U N D A N A

—Quiero que a diario me informe de cuanto ocurra, por cable. Yo no saldré de mi casa más que lo

estrictamente necesario para atender a mis asuntos.

—¡Convenido!

Neil Davis era un hombre elegante y pulcro y estaba acostumbrado a estar en sociedad y al trato de gentes, de modo que el encargo que le confiaba Schuyler Brooks le resultaba un trabajo gratisísimo.

Sólo entenebreció su satisfacción la exigencia de su amigo y compañero de trabajo Hanks Wales que, al saber que Neil se embarcaba para Cuba, se presentó a él y le dijo:

—¿Cuándo nos embarcamos?

—¿Qué quieras decir? Cuándo me embarco, querrás decir.

—No, he dicho bien, he preguntado cuándo *nos* embarcamos, porque estoy decidido a partir contigo, tú me llevarás.

—¡Menudas pretensiones tienes! ¿Y por qué voy yo a cargar contigo para esa misión que me han confiado y en la que tú no puedes hacer nada?

—Para ti acaso no pueda ser útil, pero en cambio tú puedes serme muy útil a mí.

—No, esta vez no te necesito, Hanks, quiero ir solo, tú no me sirves mucho para la misión que llevo ahora y en la que no es preciso escalar ventanas ni arriesgarse la vida...

—Sin embargo, quiero que me lleves.

—Bueno, si tanto te empeñas vendrás conmigo en calidad de ayuda de cámara.

—No hay inconveniente en ello. Voy en seguida a comprarme un buen manual del Ayuda de Cámara, para conocer a fondo todos mis deberes—dijo Hanks riendo y saliendo disparado a arreglar su pequeño equipaje.

Ana también estaba preparando el suyo con todo cuidado, seleccionando las prendas más elegantes y las combinaciones más acertadas, para lucir, en el barco y en la ciudad extranjera que iba a visitar, su elegancia de mujer refinada y de gusto.

Antes de partir, visitó otra vez a su cuñada Portia para ultimar los detalles acerca del modo de hacer llegar a oídos de Maurice la partida de Ana.

Mientras las dos cuñadas estaban hablando sonó el teléfono. Portia descolgó el auricular y contestó:

—¿Quién habla?—preguntó.

—¿Está Ana?—contestaron desde el otro lado del hilo.

Portia dió una mirada de inteligencia a su cuñada, como dicién-

dole “ahí está”, y, sonriendo, contestó al que llamaba:

—No, Ana está preparando su equipaje para marchar.

—¿Se va?

—Sí, esta misma noche embarca para Cuba.

—¿En qué vapor marcha? Quisiera mandarle unas flores...

Portia le dió cuantas informaciones quiso y más aún, para que pudiera seguir la ruta de la mujer a la que acosaba con su persecución incesante.

Colgó el auricular al terminar la conversación y, volviéndose a Ana, le dijo:

—Maurice embarcará... o yo no conozco a los hombres.

Ana embarcó aquella misma noche. Su marido la acompañó hasta el muelle y la dejó instalada en el vapor, esperando en tierra a que éste levara anclas y partiera mar adentro.

Ana, desde cubierta, ajena a cuanto pasaba a su alrededor, respiraba hondamente el aire, que ya se le antojaba distinto desde que sabía iba a ser libre, absolutamente libre, durante quince felicísimos días. Miraba a Schuyler y le sonreía dulcemente mientras se iban

realizando todos los preparativos de partida.

A unos metros de distancia, Neil Davis, posesionado ya de su papel de detective, espiaba a la gentil pasajera y, para comprobar su autenticidad, miró a su vez a Schuyler Brooks y le hizo un gesto de inteligencia como diciendo:

—¿Es ésta la mujer a quien debo vigilar?

Y Schuyler le contestó desde el muelle con un signo de asentimiento:

—Sí, esa es.

Neil Davis ya no apartó los ojos de aquella mujer que estaba confiada a su estrecha vigilancia y a la que debía poner un cerco firme y dúctil al propio tiempo, para probar su intachable conciencia.

Miró, en la lista de pasajeros, el número del camarote que había correspondido a Ana y logró que le dieran a él uno de los más cercanos al destinado a Ana. Fué a posessionarse de su camarote, que era un punto estratégico sabiamente escogido para vigilarla más de cerca, y comprendiendo que lo primordial era entablar amistad con la desconocida, aprovechando un momento de soledad en los pasillos se intro-

dujo en el camarote de Ana y se apoderó de su pequeño maletín de toilette.

Al salir con su presa en la mano y en el momento en que abría la puerta de su camarote vió llegar a Ana que, arrogante y sin fijarse en él, penetró a su vez en el suyo.

A los pocos momentos Ana salía de nuevo y llamaba al camarero.

—Aquí falta una maleta—le dijo—. Traje cinco y ahora sólo hay cuatro. ¿Qué se ha hecho de la quinta?

—Señora, yo no he visto a nadie... Debe haber sido colocada por equivocación en alguna otra parte. Yo haré que se busque la maleta de la señora. Estoy seguro de que la recuperará en seguida.

Neil Davis creyó llegado el momento de intervenir en el asunto.

—Perdone... ¿Es acaso esto lo que busca?—le preguntó mostrándole el pequeño maletín, coquetón y elegante.

—Sí, señor, gracias.

—Lo encontré en mi cuarto, entre mis maletas... Figúrese cuando lo abrí y vi todos los ingredientes del complicado tocador de una señora... ¡Me quedé tan sorprendido!...

—¡Ha sido gracioso el caso!— rió Ana. Muchas gracias por haberme restituído mi maletín... No me hubiera podido pasar sin él.

Neil se inclinó profundamente, mientras Ana desaparecía tras la puerta de su camarote.

El primer paso estaba dado. Ahora habían ya roto el hielo y sería más fácil entablar amistad.

Hanks, tumbado cómodamente en el diván del camarote de Davis, leía con suma atención un libro que tenía entre las manos y que devoraba con los ojos.

—¿Qué estás haciendo?—le preguntó Neil.

—Aprendiéndome de memoria el manual del buen ayuda de cámara. Mira lo que dice: "El ayuda de cámara debe abrir las maletas del caballero." ¡Divertido voy a estar contigo!...

—Bien, a mí no me convence la teoría, quiero la práctica. Anda, ya puedes entrar en servicio. Ayúdame a encontrar mi ropa para la hora de la cena. No, mejor será que mientras yo me visto me consigas un lugar en el comedor al lado de la señorita Vallee.

—¡Oh... esto será muy caro!— exclamó Hanks, que estaba siempre

dispuesto a explotar el bolsillo de los amigos.

—¿Caro?... Tienes dinero abundante. Págalo con lo que te he adelantado para gastos generales. Y págalos espléndidamente, ¿oyes? Yo, lo que quiero, es que me secundes en mi esfuerzo y ya ves que por esta vez no te pido mucho.

—Bueno, haré lo que pueda...— dijo fingiendo mala gana Hanks aunque en realidad estaba ansioso de hacer algo y de salir a ver qué clase de pasaje viajaba.

Neil Davis se acicaló, se puso lo más elegante posible y se peinó con una coquetería casi femenina, pero procurando que toda su toilette respirara un aire muy varonil y muy serio que estuviera en consonancia con la elegancia sobria y discreta de la mujer a la que debía seducir.

Ana acudió al comedor deslumbrante de belleza. Sus ojos brillaban más bajo el reflejo de las luces artificiales y el destello de las joyas que la adornaban como a una diosa.

Sin mirar a nadie, pero siendo el blanco de todas las miradas, fué a sentarse a la mesa que le estaba destinada y en la que, gracias a

las estratagemas de Hanks y a las propinillas que había soltado, se encontró sentado a Neil Davis, que se apresuró a levantarse y a hacerle una profunda reverencia, esperando que Ana tomara posesión de su asiento.

Neil intentó entablar conversación, pero Ana no se mostraba muy propicia a ello. Contestaba con monosílabos o con evasivas y cortaba secamente la conversación.

Davis no desalentó. Siguió atendiendo a Ana con una galantería fina y atenta que inspiró confianza a Ana y que logró disipar un poco su frialdad estudiada.

Ana estaba contenta, muy contenta. Se sentía libre, lejos de la mirada inquisidora de su marido, caminando sola y feliz hacia un país extranjero que la acogería, devolviendo la calma a sus nervios alterados por las luchas últimamente sufridas. Aquella alegría interior que le iluminaba el rostro y le dilataba las pupilas la predispuso a ser más explícita con Neil Davis, y, al finalizar la comida, ya se habían cruzado entre ellos diversas frases inspiradas en una mutua cortesía y en un mutuo respeto, como de dos personas desconocidas que se en-

cuentran en el gran mundo y se hablan con ese tono de buen gusto de las gentes de alta sociedad.

A Neil Davis le pareció que el asunto marchaba a las mil maravillas y que aquel trabajo le proporcionaría una pingüe ganancia. No creyó que la presa fuera difícil. Y además, se sintió halagado de tener que conquistar a tan encantadora desconocida.

También estaba satisfecho de su suerte el fachendoso Hanks. También él, sin tener misión alguna que cumplir, había hecho una buena amistad y... casi, casi se atrevía a decir que podía apuntarse en su carnet una buena conquista.

Había sido en el bar. Para Hanks la delicia mayor de los viajes marítimos era aquel continuado beber y comer que ofrecen los grandes trasatlánticos.

Estaba sentado en uno de los altos taburetes del bar, uno de aquellos raros asientos que dan el aspecto de simios a cuantas personas se encaraman en ellos.

—Un "cocktail" diamante — ordenó.

—No conozco ese "cocktail" — dijo a su lado una muchacha rubia y coqueta, que estaba también en

caramada en el alto asiento contiguo al suyo—. Yo los prefiero de champagne.

Hanks miró a la desconocida y se encontró con unos ojos claros y llenos de picardía que le estaban contemplando. Pero al chocarse las dos miradas, la de la mujercita se desvió con marcada coquetería y, dirigiéndose al barman, le preguntó:

—¿Usted sabe si está a bordo el duque de Wessex?

—Creo que sí — respondió el barman, mientras iba en busca del champagne pedido por la cliente.

—¡Me alegra!... Voy a divertirme, porque la duquesita está celosa de mí...

Hanks miró a la muchacha con asombro. Debía ser del gran mundo, ya que se codeaba con gentes tan distinguidas como el duque de Wessex. Decidió desde aquel momento mostrarse fino y complaciente con ella, para que le tomara por un hombre elegante.

El barman presentó el champagne a la linda rubita, que exclamó con desprecio:

—¿Qué champagne es éste?... No quiero ese Chandon moderno. Dame Clicot de 1906... Es el único

que puede resistir mi paladar—. Y al decir esto se daba tono de gran dama.

Hanks volvió a mirarla con curiosidad. ¿Quién sería aquella mujercita tan acostumbrada a tratar a las gentes aristocráticas y tan buena conocedora de los vinos exquisitos franceses?

Bebió la cliente el "cocktail", saboreándolo apenas y dejando en el vaso más de la mitad de su contenido y, sacando de su lindo bolsillo de piel un billete de 100 dólares, lo arrojó sobre el mostrador y preguntó al barman:

—¿Tiene usted cambio?

—Perdone la señora... Pero como es tan temprano todavía, no tengo nada en caja.

—¡Oh, qué contrariedad! No comprendo cómo se ponen ustedes a trabajar sin fondos suficientes. ¡Es intolerable!

—Si usted me lo permite... — dijo Hanks, echando mano a su cartera con una galantería casi valesca.

—¡Oh, gracias, caballero! No quisiera causarle molestias — dijo, sonriendo, la gentil rubita, que se había propuesto trastornar la cabe-

za del pobre Hanks, y lo estaba consiguiendo.

—Si usted me permite invitarla, será para mí un maravilloso placer — dijo Hanks, redoblando su estudiada galantería—. Cobre, barman.

El barman y la cliente se miraron de soslayo, con una significativa mirada que Hanks no alcanzó a ver. Habían cogido en la trampa a uno más. Cuando colocó sobre el mostrador el cambio del billete que Hanks le había dado, la rubita, con displicencia, lo empujó y le dijo:

—Puede guardarlo para usted.

Hanks, que ya había alargado la mano para recoger su dinero, se

quedó un poco desconcertado, pero procuró disimular aquella mala impresión, y sonriendo a su nueva amiga, le preguntó:

—¿Viaja usted sola?

—Sí, completamente sola — respondió ella—. Le agradezco mucho su invitación.

—No merece la pena... Yo también viajo solo... ¿No le parece esto una feliz casualidad? ¿No cree que esto es magnífico?

—Es usted muy gracioso, sumamente gracioso — dijo la rubita, riéndose con todas sus ganas.

—¡Y que lo diga!... Soy la gracia hecha persona. Ya se convencerá usted a medida que me vaya conociendo.

* * *

Ana había subido a cubierta a gozar de la calma y del encanto de aquella noche estrellada y lunar

que tenía ya perfumes muelles y dulces encantos de los trópicos.

Buscó su silla, pero le pareció

que el lugar en donde se hallaba colocada no era el más propicio para gozar de soledad, y preguntó:

—¿No podría estar sola?

—Si quiere — contestó su vecino, en el que no se había fijado y que no era otro que Neil Davis — puedo cambiar mi silla a otro lado.

—¡Oh, no, gracias! Si es usted, puede continuar en su puesto... Es esta la segunda vez que le debo una galantería... Gracias.

Ana se sentó, se tapó las piernas con la manta y abrió un libro que se dispuso a leer.

—Si quiere que le sea franco — dijo Neil, rompiendo un breve silencio —, le diré que puse mi silla aquí adrede. La señora que estaba a mi lado era habladura y yo no tenía ganas de conversación. En esta calma magnífica del océano es dulce estarse callado, absorto en la contemplación de esta belleza fugitiva y espléndida del mar que vamos surcando.

—¿Qué bien lo comprende usted! — replicó Ana con dulce acento —. A mí me encantan el silencio y la soledad...

—Estamos de acuerdo — replicó Neil, fijando sus ojos en la revista que tenía en las manos y en

la lectura de la cual fingió absorberse.

Los dos se quedaron largo rato silenciosos, pero cada vez que los ojos de Ana se alzaban del papel y miraban de soslayo a Davis, se encontraban con los de él, que la estaban mirando detenida, deleitadamente, y, cuando era Davis el que de pronto alzaba la vista para mirar a la bellísima desconocida, eran los de ella los que le espiaban discretamente.

Acabaron sonriéndose cada vez que sus miradas se cruzaban, y pronto cerraron los libros para hablarle abiertamente, sin temores ni recelos.

Neil Davis había mirado en el respaldo de la silla de Ana el nombre de su propietaria, pegado allí con gruesa etiqueta:

“Ana Vallee”, decía.

Y Ana, a su vez, leyó en el respaldo de la silla de él:

“Neil Davis.”

La presentación se había efectuado de manera original y sencilla. Ya no eran unos desconocidos. Podían hablar sin faltar a las reglas de las más estrictas bases de cortesía mundana.

El silencio que les rodeaba, tur-

bado sólo por el leve murmullo de un mar en calma cuyas olas venían a chocar contra los costados del buque con un suave aleteo de mariposas, les convidó a prolongar más su conversación, basada en cosas triviales, sin importancia, pero que les retenía a uno y a otra sobre cubierta más tiempo del que hubieran estado si la mutua compañía no hubiera acortado las horas ni hecho tan agradable aquel rato pasado al aire libre, cara al mar, bajo un cielo nítido y sereno que se extendía hasta lo infinito.

Entretanto, Hanks Wales cultivaba, a su modo, su conquista, procurando charlar con ella de cosas que tuvieran un interés positivo para ambos y haciendo todos los posibles para que la aristócrata no descubriera su plebeya ascendencia.

—¡Ah, señor Wales! — le decía ella, mimosa y romántica —. Una mujer rica y sola, ignorante del mundo... desconocedora de la vida. Si viera usted lo difícil que es vivir para ella!... Todos la explotan; todos la engañan... Pero no hablamos más de mí. Dígame algo de usted. ¿En qué se ocupa?

—¿Yo?... — preguntó Hanks, ti-

tubeando —. ¡Oh!... Ayudo a mi padre.

—Y su papá, ¿en qué trabaja?

—Mi papá? Pues... está retirado.

Una sonora carcajada brotó de los labios incitantes de la muchachita.

—¡Qué casualidad! — exclamó, sin dejar de reír —. ¡Mi padre también está retirado!

—¿No ve usted cómo el destino va tejiendo su tela de araña? Nos ha unido sin saber cómo: dos almas gemelas, solitarias, que se encuentran en medio del océano. ¿No le parece muy romántico?

—¡Muchísimo!... Y dígame: ¿va usted a la hacienda de la familia, en Cuba?

—Sí; tenemos también minas en Alaska y bosques en Yucatán.

—Nosotros teníamos pinares en Oregón, pero papá los cambió por unos bancos.

—Bien hecho.

—¿Dónde vive su familia, señor Wales?

—Verá usted... En invierno nos vamos al Sur y en verano nos mudamos al Norte — contestó evasivamente Hanks, que se veía acosado por aquella mujercita que esta-

ba practicando un profundo sondeo en las interioridades familiares de Hanks, que no podían ser ni menos interesantes ni más desastrosas.

—¡Otra vez suena la campana! Es la señal de que ha llegado la hora del aperitivo; ¿quiere que vayamos a tomar un cocktail?

Dot y Hanks marcharon camino del bar enlazados del brazo, muy buenos amigos ya; ella creyendo que él era un potentado; él imaginando que había conquistado a aquella pequeña pero terrible muñeca de carne con un corazón lleno de ambiciones.

Dot pidió de nuevo "cocktails" de champagne caro, bebió poco de cada uno y se encaprichó con muchos para probar, según decía ella, todos los gustos.

Cuando fué el momento de pagar, volvió a sacar su billetito flameante de cien dólares y lo ofreció al barman; pero Hanks, con una dignidad quijotesca, le detuvo la mano.

—Permítame, Dot, que la invite yo... En mi familia no ha habido nunca ningún "gigolo"... y no voy a ser yo el primero.

En aquel momento cruzó el bar Neil Davis, que buscaba ansiosa-

mente a Ana, y que al ver a Hanks le hizo un pequeño saludo.

—¿Quién es ese tipo? — preguntó Dot. — Es un buen mozo!

—Es... mi ayuda de cámara — contestó Hanks, después de titubear un momento. — Y, además, me espiaba! Tiene órdenes severas de mi papá.

—¿Y por qué no le despides?

—¡Imposible!... No puedo despedirle. Lleva muchos años en la familia.

Y Hanks, temeroso de que Neil viniera a mandarle algo y se descubriera ante Dot toda la farsa que le estaba representando, salió rápidamente del bar.

Entonces el barman se encaró con Dot y le reprochó:

—¿Por qué pierdes el tiempo con un cualquiera?

—Estoy en crisis, chico, y hay que aprovechar lo que pasa. Anda, vamos a sacar cuentas: me debes veinte "cocktails" y treinta dólares en propinas. Quiero en seguida mi parte... si no, le hago beber whisky barato...

El barman, socio de la linda rubita, le dió de mala gana la parte que le tocaba a la chica en el negocio por el trabajo de hacer gas-

tar a los bobalicones como Hanks unos cuantos dólares en bebidas caras que ella apenas probaba.

En el bar fué también donde Ana volvió a encontrarse, de pronto, frente a frente con el odiado Maurice.

—Pensabas escaparte, ¿verdad?

—le dijo él, fijando sus frías pupilas en las de Ana, que brillaban encendidas por la ira.

—Veo que no tiene remedio; que tú eres mi condenación — musitó ella, desalentada, fingiendo una gran depresión, cuando en realidad estaba contenta de ver que su estrategia había dado los resultados apetecidos.

—Ahora tendrás que añadir dos mil dólares más para los gastos del viaje.

—En cuanto lleguemos a tierra haré efectivo un cheque y saldaremos esta cuenta, que debería estar ya saldada desde hace mucho tiempo.

—Quiero tener garantía de que cobraré la parte que me corresponde.

—¿Quieres más garantía que un cheque hecho efectivo en cuanto desembarquemos? — le preguntó Ana, volviéndole la espalda.

Neil Davis, que había estado observando cuidadosamente todo el manejo de aquel individuo y de su vigilada, se acercó a ésta en cuanto la vió lejos de aquel hombre, y, siempre con la sonrisa en los labios, siempre atento y galante, le preguntó:

—¿Querrá comer conmigo hoy?

—Gracias, pero no puedo — le contestó Ana, distraída.

—¿Tiene usted algún disgusto? ¿Está usted preocupada? Me parece verla a usted triste, muy distinta de hace unos momentos...

—Sí, estoy preocupada. A bordo hay una persona que me desagrada muchísimo, que me da miedo.

—No tema nada estando yo a su lado.

—Me defendería usted?

—¡Siempre! — exclamó, insinuante, Neil Davis. Pero Ana, molesta por aquella solicitud que ya le resultaba un poco empalagosa, se apartó de Neil sin añadir ni una sola palabra.

El cable transmitió a Nueva York, firmado por Davis, el siguiente cablegrama:

"2 pm. No le interesan los galanteos. 5 pm. Tomamos "cock-

tails juntos. Tiene una sonrisa agradable."

Así Schuyler Brooks seguiría hora a hora, minuto a minutos, todo cuanto ocurriera a su esposa en aquel viaje que había despertado en él tanto recelo.

Neil Davis no cejó en su empeño de galantear a la esposa de Schuyler Brooks. Le habían pagado para ello y debía cumplir con su deber. Era preciso seguir constantemente aquella política de asedio que debía determinar o la caída de Ana o la confirmación de la integridad de su honra. A Neil le parecía un poco exagerado el plan dictado por una mente obcecada por los celos; pero a él le pagaban y no le importaba nada más que seguir al pie de la letra las instrucciones recibidas.

Seguía a Ana constantemente, con la misma asiduidad con que Hanks seguía a la pizpireta Dot. Esta sí se dejaba galantear por su galán y aun lo inducía a ello con la coquetería de su mirada y la provocación de sus sonrisas; pero siempre procuraba mantenerlo a una determinada distancia, como convenía a sus intenciones de sacarle mucho dinero sin entregar

por su parte gran cosa al hombre que la galanteaba.

—Me alegro de que lleguemos mañana a la Habana — le dijo una noche que estaban sobre cubierta contemplando la magnificencia de la luna cabrilleando sobre las aguas apenas movedizas del océano—. Mañana también habrá luna y estrellas y música en tierra firme... Tendremos, además, la rumba, el baile típico cubano que siempre me ha sacado de mis casillas... Me gustará verte bailar—. Y mientras le hablaba contemplaba una sortija que la muchacha llevaba puesta y que se quitó para que Hanks pudiera verla mejor.

—Lincoln le regaló esta sortija a mi abuela — le dijo.

—¡Una ruina histórica! — exclamó Hanks. Y añadió, viendo que la muchacha iba a enojarse—. ¡Tu abuela, no, mujer; la sortija!

—Papá me la dió al salir del colegio el año pasado.

—¡Ah! ¡Se me cayó al agua!... ¡Cuánto lo siento, querida! Pero te prometo comprarte otra mucho más linda cuando lleguemos a la Habana. Allá te compraré todo lo que tú quieras, hasta una joyería.

La sortija era falsa, naturalmente.

Neil Davis cruzó en aquel momento la cubierta y pasó junto a los enamorados galanes, despertando en Hanks el sobresalto consiguiente. Siempre le atormentaba la idea de que una palabra inoportuna de Neil desbaratará su plan de conquistar a aquella millonaria que sería la salvación de su vida.

Hanks procuró cortar en seguida la conversación y seguir a Neil hasta su camarote para desempeñar su oficio dignamente.

Dot quiso detenerle.

—¿Por qué te vas tan pronto, querido? — le preguntó, reteniéndole por un brazo.

—Tengo que dar de comer al gato — respondió Hanks, desasiéndose de las manos de la muchacha.

—¡Adoro los gatos! — exclamó Dot, tratando una vez más de conservar a su lado a Hanks.

—Sí?... Pues el mío se asusta de los extraños — contestó Hanks, riéndose, mientras marchaba escapado en persecución de su amo.

Neil aprovechaba todos los momentos propicios para estrechar más el cerco con que rodeaba a Ana.

El encanto turbador de aquella

noche tropical pasada a bordo era un fondo romántico y excitador que servía espléndidamente a sus fines. Sólo que chocaba contra un temperamento de mujer excepcional. Ana

era seria, equilibrada, poco afecta al flirt. Además, estaba ansiosa de gozar sola de todas las bellezas, ahora que tenía libertad. Conocía el amor y se había quemado dos veces en su fuego. No estaba dispuesta a iniciar una nueva prueba y esto la defendía de sí misma y de todas las maquinaciones ideadas por el hombre al que habían pagado para hacerla caer.

Neil chocaba siempre en su empeño con la frialdad un poco adusta de Ana, se sentía detenido por los grandes ojos expresivos de aquella mujer espléndida que le miraban interrogadores y sospechosos y que nunca le miraban con luz alentadora.

El detective no se desanimaba por todas estas cosas. Se sabía, o se creía, irresistible, y estaba seguro de que Ana sería una de las conquistas fingidas que podría anotarse en su carnet de "detective para señoritas", en el que ya figuraban por docenas los nombres de otras tantas mujeres a las que él había hecho sucumbir.

¿Por qué iba Ana a ser distinta a las demás? ¿No era él un recio temperamento de hombre y no estaba muy acostumbrado a tratarlas

como se las debe tratar? Tenía para cada una un repertorio distinto... Quizás aún no había tropezado hasta ahora con un carácter como el de Ana, pero estaba seguro de que pronto lograría amansar aquella indiferencia manifiesta que algunas veces le hería sin él mismo confesárselo.

—Desperdicia usted una noche maravillosa — le dijo, deteniéndola un momento al ver que ya se disponía a retirarse a su camarote—. Sobre cubierta el espectáculo es magnífico; está la noche deliciosa; noche de luna, de estrellas, de música suave y acariciadora... ¿Por qué se va a dormir tan pronto? Teme usted beber hasta el fondo la copa del romanticismo?

—No... Temo las consecuencias —respondió brevemente Ana, que comenzaba a sentirse interesada por aquel hombre.

Neil Davis se quedó mirando la silueta grácil y ondulante de la mujer que se alejó sin añadir palabra y también él sintió una extraña sensación jamás hasta entonces experimentada, a la vista de aquella graciosa silueta de mujer que dejaba una huella apenas perceptible, pero



—No tienes valor para ingerir la poción.



Maurice se le acercó...



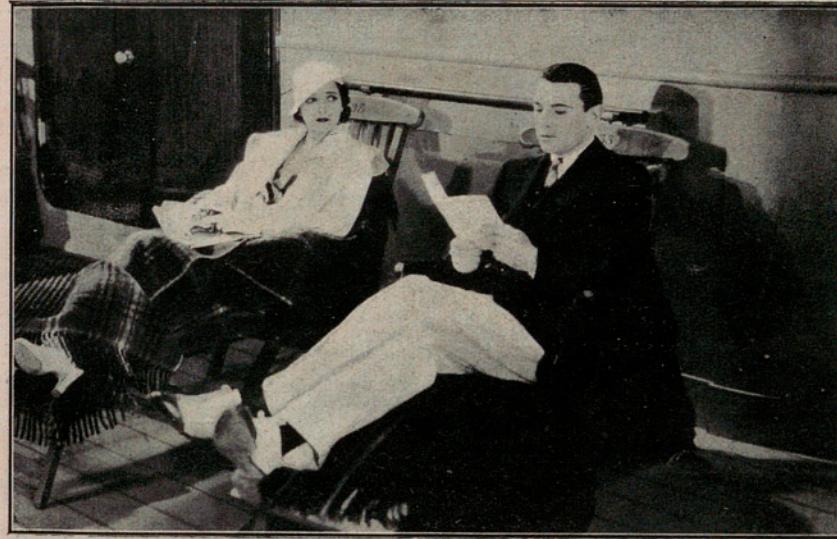
—¡Bonito collar! Lo guardaré como garantía.



—¿Tanto te ilusiona ese viajecito?



—¿No te decía yo que todo se arreglaría satisfactoriamente?



.. Los ojos de Ana se alzaban y miraban de soslayo a Davis...



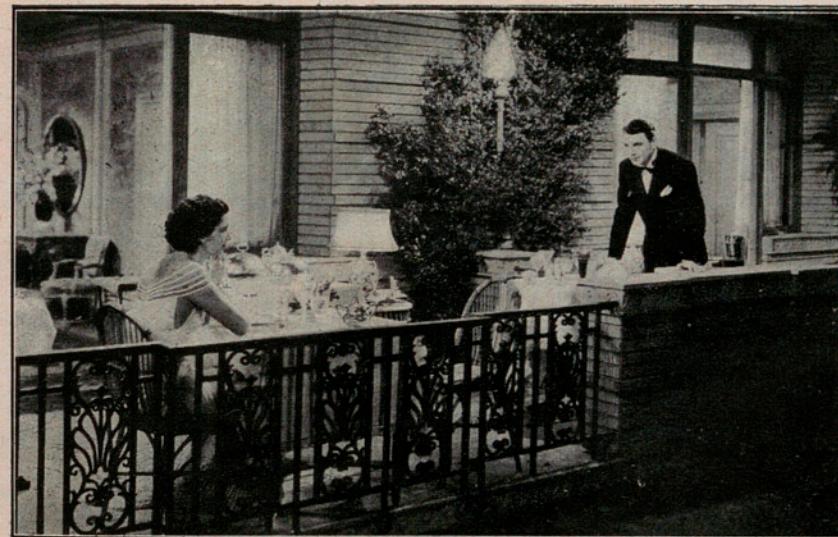
—Pensabas escaparte, ¿verdad?



... aprovechaba todos los momentos para estrechar más el cerco.



—No temá nada estando yo a su lado.



—¡Magnífico! ¿Querrá cenar conmigo?



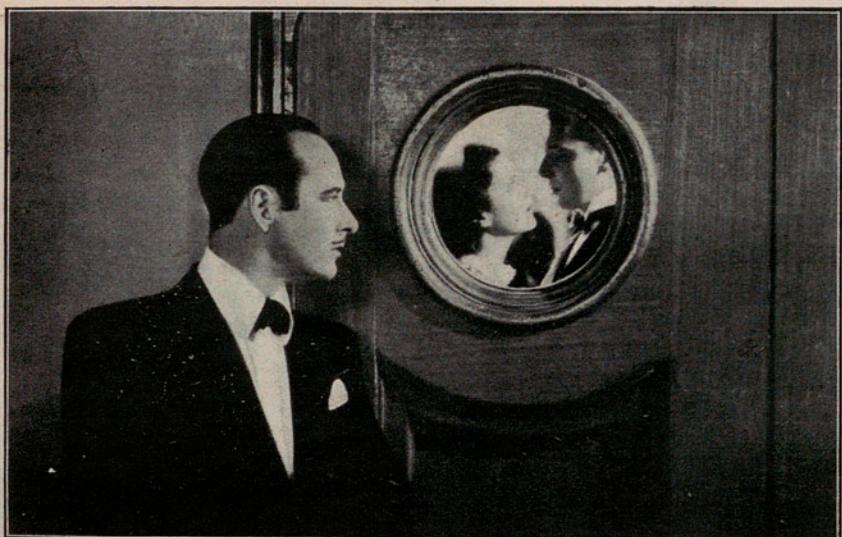
—No puedo aceptar un regalo como ese, Hank.



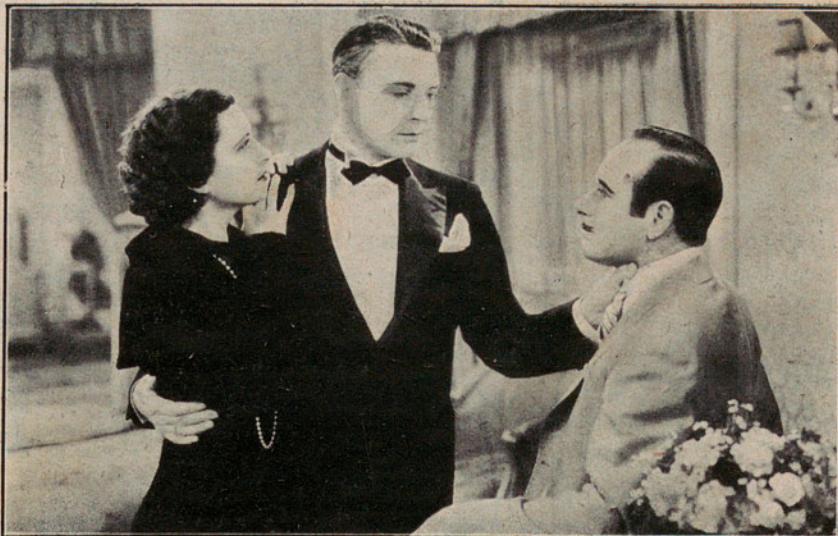
—¿Se te olvidó? ¡Vaya un detective!



—¿Por qué no nos casamos ahora?



Maurice miraba con ojos recelosos a Ana y a Davis.



—Entonces ¡márchese!



... se encontró estrechamente abrazados a Neil Davis y a su mujer...

harto honda, en su corazón de hombre.

Pocos momentos después salía en dirección a Nueva York el siguiente cablegrama:

“10 am. Conversación. 12'30 pm. Almuerzo y “cocktails”. 7 pm. Comida. 9 pm. Baile. 11 pm. Se retiró a dormir sola”

Schuyler Brooks sonrió satisfecho al recibir el parte. Su mujer era una mujer intachable... ¿Cómo había podido dudar de ella? Pero en seguida los celos, los celos abominables y espantosos, volvieron a

torturarle inspirándole las más duras sospechas.

Era aún pronto para juzgar. Acaso la misma coquetería hacía mostrarla más reservada y más esquiva para atraerse así de una manera más segura la atención de los hombres... ¿Quién sabe si en aquellos momentos ya el detective habría conseguido algún favor de la mujer a la que por un momento había creído intachable?

Y atormentado por la duda, punzado por sus locas ideas, se paseó a grandes pasos por los vastos salones de su regia mansión, en donde no anidaba la dicha...

* * *

El vapor había anclado en el puerto maravilloso de la Habana. La ciudad se extendía blanca y alegre a orillas de aquél mar azul y

encantador que la bañaba con mimo y la trataba con complacencias de enamorado.

Ana pensó que, antes de desem-

barcar, debía deshacerse de aquel nuevo amigo que se había portado con ella muy galantemente, pero que, al descender a tierra, le representaría un estorbo a sus vacaciones que se había empeñado en disfrutar sola.

—Será mejor que nos despidamos aquí—le dijo, pocos momentos antes de descender del barco—. Voy a visitar a unos amigos que vienen en el interior de la isla y es posible que no volvamos a vernos.

—¡Qué casualidad! Yo también me marcho al campo —dijo Davis.

—¿Sí? —preguntó Ana, fingiendo curiosidad—. ¿Y hacia qué dirección marcha usted?

—Yo voy al Oeste —replicó Davis, titubeando un poco y sintiéndose cogido por la sagacidad de Ana.

—¡Qué lástima! —exclamó ésta—. Precisamente yo tengo que ir al este.

Se despidieron como dos buenos amigos. Ana había resuelto pasar sola sus vacaciones y no quería tener testigos de vista ni mucho menos compañía para todas las horas del día. No estaba dispuesta a que nadie la siguiera continuamente... y además, aquel hombre le inspiraba un extraño temor. Era demasiado

galante, demasiado caballero, demasiado atento para estar mucho tiempo a su lado sin que la amistad apenas esbozada a bordo no derivara hacia otros senderos más peligrosos, que Ana estaba decidida a evitar.

Procurando no ser vista, bajó a tierra, montó en un taxi y dió orden al chofer:

—¡Al Metropol!

Momentos después Neil Davis bajaba a su vez, detenía también a un taxi y daba al chofer idéntica orden:

—¡Al Metropol!

Seguidamente, Dot, llamativa en su traje de viaje muy estudiado y muy vistoso, bajó a tierra y dijo al chofer que le abrió la portezuela del taxi:

—¡Al Metropol!

Todos los personajes de nuestra historia, sin habérselo dicho unos a otros, coincidieron en el mismo gran hotel, el mejor de la Habana, el más lujoso, el que mayores comodidades ofrecía a los viajeros.

Ana se instaló en una de las habitaciones del principal. Era una habitación magnífica, elegante, y puesta con un refinado gusto, como

rara vez suele encontrarse en los hoteles.

Comenzó a arreglar sus cosas, a poner algunas notas personales en la habitación, a dejar en orden sus ropas, a colocar en el tocador las mil chucherías femeninas que llevaba en su “necessaire” de viaje.

El timbre del teléfono la detuvo en sus ocupaciones. Tomó el aparato:

—¿Quién habla? —preguntó.

—¡Hola, querida! —respondió la voz de Maurice.

Ana hizo un gesto de disgusto.

—¿Estás también en el Metropol? —le preguntó, alarmada.

—¡Oh, no! El Metropol es muy caro para mí. Me he procurado un alojamiento sencillo cerca de él, para no perderte de vista.

—¡Siempre serás el mismo! —exclamó con coraje Ana.

—¿Cuándo me vas a dar el dinero?

—He cableografiado ya y lo recibiré muy pronto.

—Me molestan tantas dilaciones.

—En cuanto lo reciba te pagaré lo prometido.

—Me parece que no era esta tu intención. Lo que tú querías era escapar de mí...

—¡Escaparme?... ¡Demasiado sé que eres mi sombra! No he intentado escapar... Ten un poco de paciencia, Maurice, sabes que siempre te he cumplido mis promesas. No puede improvisarse en un momento una solución como la que tú pretendes. He prometido y cumpliré mejor que tú. ¡Déjame en paz!...

—Te dejo... por el momento; pero ten en cuenta que no perderé tu pista.

Ana colgó el auricular con un gesto de desaliento. Se recobró pronto, sin embargo, y, aunque la mortificaba la asiduidad con que la perseguía Maurice, se sintió reconfiada ante la idea de que el plan que se había trazado de antemano, seguía paso a paso la ruta señalada.

Aquella misma tarde bajó al “hall” y puso un cablegrama a su cuñada, concebido en estos términos:

“Todo marcha como supusimos. Le daré largas hasta que reciba tus noticias. Ana.”

Así le decía y esperaba que las noticias de Portia serían la buena nueva de que ya estaba anulado el pasaporte de Maurice y que ella po-

día regresar a Nueva York sin peligro ni zozobras.

Ana respiraba gozosa al sentir que poco a poco se iban deshaciendo las sombras con que el destino la tenía envuelta y que la luz deslumbradora de la felicidad se iba aclarando e iluminaba su vida con nuevos resplandores de calma y sosiego espiritual.

Convencida de que nadie la había seguido hasta el Metropol, segura de que su compañero de viaje estaría a aquellas horas caminando hacia algún lugar apartado de la isla, terminó el arreglo de la habitación, se vistió para bajar a comer y, con coquetería refinada, procuró realzar su belleza espléndida y magnífica.

Entró en el comedor con su paso firme, con aquella seguridad de sí misma, con aquel su aplomo de mujer bonita que se sentía admirada y que no daba, aparentemente, importancia a la muda contemplación de tantos ojos que se posaban en ella con envidia o con codicia.

Neil Davis, que estaba sentado en una de las mesas, se levantó al verla y avanzó hacia ella.

Ana hizo una pequeña exclamación de sorpresa al verle, y, ten-

diéndole la mano, le preguntó, sonriendo:

—¿No dijo usted que iba al campo?

—¿Y usted no tenía que ir a visitar a unos amigos? — preguntó a su vez Davis.

—He sabido que se habían marchado a pescar... y he decidido quedarme en la Habana.

—¡Magnífico!... ¿Querrá cenar conmigo? ¡Mozo!... Llévese todo esto — dijo, dirigiéndose al camarero. — Traiga otra mesa, ponga cubiertos para dos, prepárenos un menú excelente, lo mejor que tengan, y de prisa, pues no queremos esperar.

—Pero usted ya estaba comiendo... — murmuró Ana.

—No, apenas había comenzado. Ahora comeremos los dos juntos, y esta será para mí la mejor dicha de mi vida — dijo Neil galantemente.

—He encargado algo especial, un menú exquisito, digno de usted; no me va a desairar, ¿no es cierto? He esperado este momento desde que la conocí...

—Voy a tener que enojarme con usted, señor Davis — contestó Ana, sonriendo y dejando que sus ojos se posaran largamente en los de su

L A M U N D A N A

galán, que la miraba apasionado y que le decía casi al oído, en tono suurrante y acariciador:

—¿Por qué no me llama Neil a secas? ¡Me gustaría tanto poderla llamar a usted Ana!... Así, dulcemente: ¡Ana!... ¡Es tan bonito su nombre!...

Neil avanzaba en la conquista de aquella mujer por la que se sentía acaso demasiado interesado para cumplir fielmente la misión que Schuyler le confiara.

Ana era de esas mujeres a las que no se puede tratar de cerca impunemente. El conquistador pagado se sentía ahora herido con sus propias armas, y el amor, nunca hasta entonces experimentado así, de pronto, como un flechazo, comenzaba a cantar una nueva canción en el corazón de Neil Davis.

La cena fué deliciosa en aquel solitario vis a vis que les permitió entablar estrecha conversación y saturarse de los sentimientos que ambos experimentaban, empujados por la amistad naciente que, esbozada apenas a bordo, estaba tomando ahora un incremento alarmante.

El detective no quería confesar-

se que estaba enamorado de la mujer que, sentada junto a él confiadamente, le hablaba con un dulce acento de mil cosas diversas y encantadoras. Para deshonrar a aquella mujer le habían ofrecido una bonita suma y, lo que en un principio le pareció sería un trabajo fácil y agradable, se le hacía ahora repugnante y lleno de dificultades.

Neil Davis sentíase desfallecer en su carrera, no encontraba el valor suficiente para llevar hasta el fin la farsa que le parecía ahora, vista a través de sus ojos de enamorado, una infamia ruin, una villanía a la que no se prestaría aunque ello tuviera que costarle el desprestigio y el cese en su puesto de policía secreta.

Aquellos pensamientos le pusieron un tanto taciturno; pero la mirada de Ana, llena de luz, sus palabras suaves como una caricia, su sonrisa plétiórica de promesas, le hicieron olvidar sus negros pensamientos y dedicarse con más ahínco a conquistar a la gentil desconocida que el azar había puesto en su camino.

* * *

Hanks Wales no desperdiciaba el tiempo. Seguro de que había logrado despertar el amor en el corazón de la coquetísima Dot, a la que creía millonaria y descendiente de una familia de rancio abolengo, continuaba cerca de ella dispensándole sus asiduidades, que la chica aceptaba sin entusiasmo, pero con su arte único de despojadora de bolsillos que la hacía aparecer un entusiasmo que estaba lejos de sentir hacia aquel hombre, al que quería sacar hasta el último centavo.

Hanks alardeaba delante de Dot de su capital, de sus fincas, de su familia, y Dot, a su vez, procuraba también poner de relieve todos los títulos que poseía por vía paterna y materna.

Uno a otro, conscientemente, se

engañosan, pensando cada uno en su interior estar realizando un magnífico negocio.

Hanks creía que de lograr el amor de Dot y su mano dependía la tranquilidad de su vida. Abandonaría el cargo de policía secreta, que ya le estaba causando fastidio, y se dedicaría a hacer vida de millonario con el dinero de su mujer.

Y Dot creía que, una vez casada con aquel potentado estafalario, podría dejar su oficio, tan arriesgado y que sufría tantas alternativas, y dedicarse a vivir sosegadamente como una perfecta ama de casa honesta y decente. Pero entretanto era preciso no olvidarse de quién era ella y obtener el mejor resultado posible de la admiración que le dispensaba Hanks.

Salían con frecuencia a pasear juntos, y Dot se paraba siempre en los escaparates que mostraban las prendas más costosas y las joyas más elegantes. Hanks la apartaba de allí como si estuvieran apestados, pero la chica insistía, desentendiéndose de los esfuerzos que Hanks hacía para apartarla de aquellos lugares de tentación.

Un día entraron en una joyería. Hanks le había prometido comprarle la sortija que debía substituir a la que se habían tragado las olas, y debía cumplir su promesa.

Dot tenía su pequeña filosofía, que ponía en práctica y que le daba muy buenos resultados. Ella prefería las joyas buenas y los regalos costosos a los dólares contantes y sonantes. Ataviada con joyas espléndidas le era más fácil conquistar a los ricachones. Sabía Dot que un hombre regala con más gusto y con mayor esplendidez a la mujer a la que cree rica que a la que ve necesitada. El hombre en general es vanidoso e infatulado, y ve, en la mujer rica, a la enamorada perfecta y, en cambio, cree que la pobre sólo se dirige a él en busca de dinero. Dot sabía fingirse rica y sabía pedir indirectamente, dos gran-

des cualidades perfectas para sacar mucho partido de los bolsillos masculinos.

Por esto, después de elegir entre gran cantidad de sortijas que le presentó el joyero, Dot se decidió por una costosa y soberbia que hizo espluznar al pobre Hanks al pensar en su precio.

—¿Es ésta la que más te gusta? — le preguntó tímidamente.

—¿Que si me gusta, dices? ¡Es una maravilla! — exclamó Dot, verdaderamente complacida.

—Pues es para ti.

—No puedo aceptar un regalo como éste, Hanks... ¡Es demasiado para mí! Piensa en mi reputación...

—¿No perdí yo la sortija que te había regalado tu papá? Pues ésta es la devolución de aquélla, nada más.

—Yo no debería aceptar... — dijo Dot, fingiendo un pudor que estaba lejos de sentir.

—Acéptala...

—Gracias, Hanks... — exclamó la muchacha, estrechándole la mano con fuerza. Y acercando sus labios al oído de Hanks, le susurró, tentadora:

—Vamos donde pueda darte las gracias de verdad.

* * *

Neil Davis quería llevar hasta el fin su aventura amorosa, a la que un azar imprevisto le había conducido. Estaba sinceramente, hondamente enamorado de la espléndida mujer a la que tenía que vigilar con vigilancia estrecha y suspicaz. Se le hacía odiosa la misión que se le confiara y estaba decidido a confesar la verdad a Ana y a exponerle su amor. Decidido, tomada ya una resolución definitiva, rogó a la mujer amada que saliera con él a pasear aquella noche a orillas del mar, por el amplio malecón, lugar propicio a las confidencias y a las confesiones difíciles.

Ana también se sentía cada vez más interesada por el desconocido que la perseguía y asediaba con tanta constancia. Acostumbrada a

las brutalidades de Maurice y a los caprichos malsanos del decrepito Schuyler, la juventud de Neil Davis, sus delicadezas, que no perdían en ninguna ocasión medio para mostrarse, su fina galantería, su suggestiva conversación, habían abierto en su alma de mujer ansiosa de un cariño sincero, una honda brecha por la que se escapaban sus sentimientos e iban a reflejarse en sus ojos soñadores y magníficos.

Titubeó unos momentos antes de conceder a Neil Davis lo que le pedía. Hubiera querido negarse, seguir aislada y sola hasta que la cuestión de Maurice hubiera estado definitivamente terminada; pero una fuerza superior a ella misma, la fuerza de su propio amor, que despertaba pujante y avasalladora,

la condujo a aceptar la invitación y, después de la cena, bajo un cielo nítido cuajado de estrellas y bañado por el pálido resplandor de la luna tropical, salieron a pasear por el malecón, en un viejo fiacre habanero que causó la risa de Ana, no acostumbrada a ellos.

Pasearon un buen tiempo en silencio, contemplando el bello espectáculo que les ofrecía la naturaleza pródiga y maravillosa en aquella noche estival. Se miraban a los ojos, cruzaban una sonrisa, hablaban de cosas indiferentes cuando sus almas estaban ansiosas de desbordarse y de vaciar todo el sentimiento que las invadía.

Ana, intrigada por la figura de su caballero, curiosa de saber algo que le disipara el misterio que rodeaba a Neil Davis, le preguntó de pronto:

—¿Quién... y qué es usted?

—¡Soy... su sombra! — contestó Neil, sonriéndole.

—¡Bonita ocupación! — exclamó Ana, devolviéndole la sonrisa.

—Para mí, bellísima. ¿Y para usted?

Ana esquivó contestar directamente a aquella pregunta un poco

comprometida, y fingiendo no haberla oido, continuó:

—Admirable trabajo el suyo. ¿Cuándo empezó?

—En el vapor. He vigilado sus menores movimientos, la he seguido a todas horas, puedo decirle, minuto a minuto, todo cuanto ha hecho y ha dicho... y quizás hasta lo que ha pensado.

—Pero... ¿por qué esta asiduidad?

—Porque esta es mi ocupación, mi deber.

Ana se rió sin comprender, pero se apartó un poco de Neil Davis. Aquel misterio que le rodeaba le daba un poco de miedo. Además, desde que había salido de Nueva York estaba siempre recelosa; temía que la vigilancia suspicaz de su marido la persiguiera hasta allá y vivía en continuo sobresalto.

Neil la observaba detenidamente, y tras un largo silencio, le dijo, como si quisiera provocar una confidencia:

—El paseo es delicioso... Este coche destaladado es mejor que la mejor habitación de un hotel llevándola a usted al lado.

Ana se estremeció y procuró

apartarse un poco hacia el rincón del asiento.

—¿Me tiene miedo? — le preguntó Neil, insinuante.

—¿Miedo?... No es a usted... — contestó Ana, pensativa.

—¡Qué mujer tan extraña es usted, Ana!... ¿Huye usted de algo? ¿Qué le pasa?... Si tiene dificultades, confíe en mí, Ana, yo la salvare...

Ana calló un buen rato y se abstrajo en la contemplación del bellísimo paisaje que se desplegaba ante sus ojos.

Fué de nuevo Neil quien rompió el silencio:

—Esta noche cenará conmigo en mi habitación, ¿verdad?

—Tiene usted una gran confianza en sí mismo, señor Davis, y una gran voluntad. Dice usted las cosas afirmando, sin contar con la voluntad del que le escucha.

—Y usted... ¿por qué tiene tan poca confianza en sí misma? — le preguntó Neil, estrechándola suavemente por el brazo y atrayéndola hacia sí amorosamente para posar suavemente sus labios sobre el hombro desnudo.

Ana procuró desasirse de aquel abrazo.

—Perdóname! — le dijo Neil, mirándola con dulzura—. Tenía que hacerlo. Es usted fascinadora y eso habría pasado en cualquier parte... No me tenga miedo... ¡Ana, tenga confianza en mí!

—No echemos a perder nuestra amistad, Neil... Nuestra amistad es una cosa demasiado bella para que la destruyamos por un capricho pasajero.

Ana se había puesto seria y se reconcentró, procurando esquivar la mirada de su compañero, que la turbaba de una manera extraña y dulce al mismo tiempo.

Al llegar al hotel, Davis cablegrafió a Nueva York. No quería olvidar su misión, y como las cosas marchaban prósperamente, se apresuró a comunicar a Schuyler el resultado de su trabajo de conquista:

“Tengo esperanzas. Cenará conmigo esta noche en mi habitación.”

Antes de terminar el mensaje telegráfico, Ana penetró en la habitación de Neil, ataviada con un lujo sobrio y elegante.

—Déjeme terminar esta cartita — le dijo Neil, que no quería dejar inacabado su mensaje.

—¿Es una carta de amor? — preguntó Ana, sonriendo.

—¿De amor?... ¿Cree usted que pueden escribirse cartas de amor a maquinaria? Es a una persona de edad a quien escribo.

—Entonces salúdela en mi nombre — dijo Ana, bromeando.

—Es a un hombre al que escribo.

—Ah, sí?... Entonces *salúdelle* de mi parte.

Davis continuó su mensaje:

“Ahora ha entrado. Le envía sus saludos. Davis.”

Y mandó a su ayuda de cámara para que fuera a depositarlo en el despacho telegráfico.

Ana estaba aquella noche más deslumbrante de belleza que nunca, deslumbrante y tentadora... Pe-

ro en sus ojos brillaba siempre la misma llama inquieta, idéntica angustia, como si algo muy grave pesara sobre ella, aniquilándola.

—¿Por qué sufre, Ana? — le preguntó Neil.

—No sé; siento una angustia, una inquietud extrañas. Siento que Nueva York, desde allá lejos, me vigila, me espía de cerca... Es una sensación tonta, ¿verdad? Quiero regresar pronto allá. No estoy tranquila.

—A veces resulta usted muy enigmática, Ana. ¿Vamos a comer a uno de esos restaurantes exóticos? Allí olvidaremos a Nueva York y todas sus pesadumbres. La música, el baile, los platos típicos... todo contribuirá a hacernos olvidar.

—Sí, vamos y olvidemos! — suspiró Ana.

* * *

El restaurante era un típico bodega cubano con su orquesta de negros, sus bailarinas mestizas, moviendo sus cuerpos exuberantes y jugosos al compás de la rumba apasionada y sensual. Ana contemplaba todo con ojos admirados y se sentía feliz en aquel ambiente tan distinto al que respiraba en Nueva York. Pero siempre la seguía persiguiendo la visión de que era espía, perseguida y, con creciente inquietud, le dijo a su compañero:

—Hoy es nuestro última día. Mañana me embarco de regreso a Nueva York.

—¡Ojalá se hundieran esta noche todos los barcos para que no pudiera usted huir!—le dijo Neil bromeando, pero deseando en el

fondo que aquella idea absurda pudiera realizarse.

—Neil—dijo Ana, usando aquella vez escuetamente el nombre de su galán—. Yo no he sido sincera con usted y le debo una confesión... ¡Al principio no importaba... pero las cosas han cambiado tanto en tan poco tiempo!... Esta situación debe tener fin... Yo ya sé que otras mujeres casadas coquetean...

—¿Está usted casada?—preguntó Neil, como si ignorara su personalidad.

—¿Conoce a Schuyler Brooks? Es mi marido. Ahora comprenderá por qué regreso.

—Lo que no comprendo es su tristeza sin fundamento.

—Mi tristeza es no poder confe-

sar a mi marido, como se la confieso a usted, toda la verdad. Yo estoy casada con otro hombre... un chantajista que no ha querido terminar el proceso de divorcio para robarle los dólares a Schuyler... Siempre me amenaza con descubrir a mi actual esposo la verdad de mi vida pasada y él es el único que la debe ignorar... Esta es mi historia... Maurice, mi primer marido, está aquí y me persigue continuamente para que le dé dinero, amenazándome, si no se lo doy, con contarle a Schuyler Brooks mi pasado... Usted me calificó hace poco de fugitiva... Pues bien, sí, soy una fugitiva de mí misma, de mi pasado que me persigue y me asusta...

Ana calló sintiendo que las lágrimas ahogaban su garganta. Neil Davis la contempló largamente, emocionado por el relato que le acababa de hacer Ana y, tomándole una mano que acarició con suavidad, le preguntó:

—¿Por qué confía así en mí?

—No lo sé... ¡pero confío!... Me

parece usted un hombre honrado, bueno, comprensivo...

—¿Y si se equivocara?

—No temo equivocarme. Nunca hasta ahora me he encontrado con un hombre que me tratara con la deferencia y el respeto con que usted me trata.

—¿Y si fuera fingido?—insistió de nuevo Neil, mirándola fijamente a los ojos.

—No, Neil, no quiera despertar sospechas en mi corazón... Mi corazón está necesitado de consuelo... No se empeñe en atormentarlo más. Sus bondades, sus galanterías para conmigo me han dado ánimos para confiarle mi historia sin apenas conocerle... Mi corazón se ha desbordado confiadamente y creo que usted sabrá guardar mi secreto y apreciar mi confianza.

Neil Davis tomó una de las manos de Ana, aquellas manos blancas y suaves como un lirio, y la estrechó entre las suyas muy fuertemente, agradeciéndole la sinceridad con que le hablaba y luego, con profunda pasión, la llevó hasta sus labios y la besó en silencio.

Schuyler Brooks leyó el cablegrama que le acababa de llegar de la Habana:

“Tengo esperanzas. Cenaré conmigo esta noche en mi habitación. Ahora ha entrado. Le envía sus saludos. Davis.”

Y se quedó pensativo un buen rato, meditando en las funestas consecuencias que podrían suceder a aquella absurda tentativa que le había inspirado su suspicacia exacerbada por unos celos monstruosos.

Así le encontró su hermana Portia que, angustiada por la suerte que pudiera correr su cuñada en aquella aventura a la que ella la había empujado, fué a visitar a Schuyler, dispuesta a hablarle de Ana e interceder en su favor, haciéndole ver lo ridículo de sus sos-

pechas y lo absurdo de sus maquinaciones.

Portia le explicó punto por punto todo lo ocurrido antes de partir Ana para Cuba y los motivos que la habían inducido a realizar aquel viaje que a él le había parecido sumamente sospechoso sin haberse preocupado de averiguar la verdad de lo que pasaba en el corazón de su esposa.

—Ana se ha marchado solamente para deshacer el equívoco que entre los dos ha nacido por tus sospechas infundadas, por tus celos locos—le dijo Portia.

—No comprendo — replicó Schuyler—. ¿Se ha ido por mi culpa?

—Sí, señor, por culpa tuya, por amor a ti ha emprendido ese via-

je en el que se expone a caer en manos de ese chantajista de Maurice que la persigue y la acosa sin tregua ni descanso.

Schuyler escuchó con ansia creciente las palabras de su hermana.

—¿Y ella ha hecho todo esto por mí? — volvió a preguntar—. ¿Estás segura?

—¡Y tan segura!... Conozco yo mejor a Ana que tú mismo.

—Entonces... ¿por qué no me lo dijiste antes?

—¡No lo habrías entendido!... Tus celos te tienen ciego y no sabes ver ni oír la razón de las cosas...

—Pero si tú hubieras hablado antes de que Ana se marchara...

—Hubiera exasperado más tus celos; esto hubiera sido todo.

—No, no, quizás hubiera reflexionado, quizás hubiera comprendido...

—¿Comprender?... ¿Qué va a comprender un hombre que es capaz de hacer seguir a su esposa, a su propia esposa, por un detective, como una vil mujerzuela? ¡Qué tonto eres, Schuyler, qué tonto y qué despreciable me pareces!...

—No, Portia, voy a deshacer to-

do el mal que he hecho—dijo de pronto Schuyler, reaccionando y comprendiendo la razón que asistía a su hermana para tratarle con aquel desprecio—. Voy a salir inmediatamente para Cuba. Voy a buscar a Ana y a pedirle perdón. Tú me acompañarás, ¿verdad?

—¿Yo? ¿Cuándo piensas salir?

—Ahora mismo. Voy a telefonar al aeródromo para preguntar la hora exacta de la salida del avión correo.

—¿Te vas en avión?

—Es el único medio rápido de llegar allá.

—Entonces no cuentes conmigo, hijo. ¿En avión?... ¡Ni soñarlo!... Soy demasiado vieja para exponer el pellejo por esos aires de Dios. Irás tú solito. Yo ya saldré a recibiros cuando regreséis.

—Bueno, iré solo, no me importa. Quiero saber que Ana me perdona, que no me guarda rencor, que sigue queriéndome...

Schuyler tomó el teléfono, habló con la estación aérea, comprometió un pasaje y dió orden a sus criados de que le prepararan su equipaje para una breve ausencia.

Era preciso llegar a Cuba antes

de que Ana conociera la verdad de las intenciones perversas de su marido, antes de que el detective hubiera avanzado demasiado en su trabajo peligroso, antes de que Maurice pudiera aprovecharse de la soledad de aquella pobre mujer, para abusar de ella y hacerle cualquier tropelía si no lograba sacarle todos los miles de dólares que él deseaba.

Schuyler salió a toda la marcha de su automóvil hacia el aeródromo y llegó con el tiempo justísimo para montar en el avión, que en seguida puso en movimiento sus hélices y emprendió rápida carrera, despegándose del suelo y perdiéndose entre las nubes que se cernían sobre la ciudad.

La impaciencia que sentía en su interior le hacía parecer lenta la marcha veloz del avión que cruzaba el aire como una saeta. Los minutos le parecían siglos. Hubiera querido hallarse en presencia de Ana desde el instante mismo en que Portia le confesara toda la verdad.

Ahora comprendía su necesidad al exponer a aquella delicada criatura a una aventura arriesgada y peligrosa... Ahora se arrepentía de

la fuerza extraña que le empujó a cometer un desatino que podía costarle la felicidad de su vida.

Habían desaparecido, perdidos en la lejanía, los rascacielos neoyorquinos, cruzaban a todo vuelo el inmenso océano que parecía una inmensa plancha metálica al verle desde aquellas alturas, abrillantado por la luz del sol que lo pulía y lo suavizaba, pero todavía no se divisaba la línea terrestre de la isla y a Schuyler le parecía que hacía semanas que estaba surcando los aires en aquel vuelo desesperado que le llevaba a recuperar a su esposa... si no la había perdido ya para siempre!...

Entretanto, en la Habana seguían su curso los acontecimientos, que se sucedían sin interrupción, entre los personajes de nuestra historia.

Hanks Wales, seguro ya de poseer el amor de la rica heredera que había conquistado en el vapor, se sentía orgulloso y feliz de su triunfo y no dejaba ni un instante de perseguir a Dot para mostrarle un cariño apasionado y ardiente que la tuviera a ella siempre en continuo embeleso.

Dot se dejaba querer y sacaba

L A M U N D A N A

todo el partido posible de aquel pobre bobalicón que todo se lo creía y al que le era tan fácil engañar.

Hanks se daba tono hablando de las rentas de su padre, de los regalos que éste le hacía y del dinero que tenía que mandarle de un momento a otro y que nunca llegaba.

Dot comenzaba ya a escamarse de tantas dilaciones y, un día, sin preámbulos, le dijo, poniéndose muy mimosa:

—¿Por qué no nos casamos ahora?

—Pero, nena... dame algún tiempo para poder avisar a papá...

—Eres ya mayor de edad para hacer las cosas sin su consentimiento—le dijo Dot, fingiéndose ofendida.

—Claro que sí, pero... ¿y si me suprime la mesada?...

—¡Oh, eso hay que evitarlo a toda costa! ¿Has recibido ya el cheque que le pediste?

—Todavía no, pero espero recibirla pronto, no puede ya tardar...

Neil Davis llegó a interrumpir la conversación de los dos enamorados:

—Tengo que hablarte — le dijo secamente a Hanks.

—Perdona, querida—dijo éste a su novia—, voy a despedirle en un momento.

—No le despidas... ¡si es tan buen mozo!—exclamó Dot, poniendo los ojos en blanco.

Hanks se acercó a Davis.

—¿Qué me quieres?—le preguntó.

—¿Ha llegado algún cablegrama para mí?

—Sí, se me olvidó entregártelo. Toma.

—¿Se te olvidó? ¡Vaya un detective!...

—¡Chsss! — exclamó Hanks, rogándole silencio—. Te va a oír Dot y tú comprenderás que no quiero por una imprudencia tuya perder un millón de dólares.

Davis, sin hacerle caso, abrió el cable y leyó:

“Llegaré hoy 6'30 tarde, por avión. Brooks.”

—¡Brooks llega esta tarde! — exclamó Davis con desaliento.

Hanks le vió palidecer y turbarse y le dijo con cierta sorna:

—Me parece que te has enamorado como un niño.

—¡Así es!—contestó Davis marchando con el cable en la mano.

Hanks volvió a entrar en la habitación en donde había dejado a Dot, y dijo con arrogancia:

—¿No ves? ¡Ya le despedí!

Pero nadie le contestó. Miró en todas direcciones. La habitación estaba vacía y en el espejo del tocador, escritas con gruesos caracteres, había estas palabras:

“Me marchó al Japón. Papá tiene lumbago. ¡Adiós, polizón!...

Hanks tuvo que sentarse en una butaca y darse aire con el sombrero para no desfallecer. ¡Su millonaria se había esfumado como el humo, al enterarse de que él no era más que un simple policía!...

Neil Davis leyó y releyó el cablegrama. Era lacónico, pero decía demasiado para que Neil pudiera recuperar su tranquilidad. ¿Qué venía a hacer en aquel momento inoportuno el celoso marido? ¿Por qué aquella precipitada venida cuando él no le había mandado ninguna noticia alarmante que pudiera despertar sus sospechas? ¡Iba ahora con su presencia

a romper el idilio que comenzaba a esbozarse entre su corazón de hombre apasionado y el tiernamente femenino de Ana?

Neil se preguntaba mil cosas a un mismo tiempo y no sabía responder a ninguna de ellas. Lo único que sabía positivamente era que no dejaría que Ana sufriera la afrenta que los celos inicuos del esposo le querían imponer.

L A M U N D A N A

Estaba decidido a confesar a Ana la verdad antes de que Schuyler Brooks llegara. Estaba resuelto a declararle su amor y a ofrecerle, sin condiciones ni distingos, su amor y su nombre.

Buscó a Ana y, sin decirle una sola palabra, le mostró el cable que llevaba en su mano. Ana lo tomó y lo leyó ávidamente. Sólo una cosa llamó su atención y no lograba descifrarla: ¿por qué era Neil quien le daba el cablegrama de su esposo?

—¿Cómo es que va dirigido a usted — le preguntó —, si usted no conoce a Schuyler?

Y viendo en los ojos de Neil una inquietud atormentada, añadió con sobresalto:

—¿Le conoce usted?

Neil tomó una mano de Ana, la estrechó con ternura y poniendo en su voz las más dulces inflexiones, le dijo:

—¡Ana..., perdóname!... ¡Ya no puedo cumplir mi misión! He venido vigilándola desde Nueva York. Me pagaron anticipadamente para ello... pero no contaban en los efectos que su belleza y su bondad habían de producir en mí.

—No comprendo... Neil, ¿qué quiere decir? — interrogó Ana, verdaderamente sorprendida por el tono de aquellas palabras y por lo que ellas encerraban en sí de misterioso y de degradante.

—¿No me entiende? — siguió diciendo Neil —. He sido un espía pagado por su esposo. Mr. Brooks está celoso de usted; temió que este viaje fuera una escapada fuera de la legalidad... Quiso averiguar cuál era el secreto que la traía a usted aquí... y yo fuí el encargado de descubrirlo... Y aun hay más. Su esposo quería cerciorarse de su fidelidad... Me pagó una cantidad fabulosa para que yo lograra enamorarla y para que él pudiera sorprendernos uno en brazos del otro... y entonces repudiarla y humillarla ante la sociedad.

—¡Qué horror!... ¡Qué horror! — gimió Ana escondiendo el rostro entre sus manos.

—Pero yo nunca haré esto, Ana. ¡No soy un canalla! Hasta ahora era un policía que cumplía con una misión que se le confiara; ahora soy únicamente un hombre enamorado que la adora y que será capaz de hacer los mayores sacrificios.

cios en pro de su felicidad. Dígame que me perdona mi pasado en gracias a este amor sincero que le ofrezco.

Ana, aniquilada por aquella confesión que le hizo Neil, sintiendo toda su dignidad de mujer ofendida por la sospecha del esposo absurdo que hasta tan lejos había querido llevar la investigación de su conciencia, no bastándole el

propio sentir, sino queriendo tener redes a la honradez y la probidad de una mujer joven, bella y adulada, no tuvo valor para decirle a Neil ni una sola palabra. Se irguió en toda su altivez y digna y seria, fué a encerrarse en su habitación después de haber apenas susurrado:

—Reciba usted a mi esposo. Yo estaré arriba esperando.

Neil Davis esperó impaciente-
mente en el hall del hotel, la llegada de Schuyler Brooks, que ponía inquietudes y zozobras en su corazón experimentado al que nunca, hasta ahora, le había faltado el valor.

Temía por Ana aquella entrevista inesperada; temía por él mismo,

porque veía que tras aquella entrevista se escapaba la felicidad de su vida, que dependía ya entera y exclusivamente del amor de aquella mujer. Temía que Brooks cometiera alguna tropelía, ofendiera a Ana más aun de lo que la había ofendido con sus sospechas y con sus celos... En una palabra, tenía

L A M U N D A N A

miedo, un miedo feroz que no podía reprimir ni dominar.

A la hora indicada Schuyler hizo su aparición en el hall del Metropol. Llegó casi jadeante de impaciencia y desasosegado, con el desasosiego que se había apoderado de él desde el momento en que conoció la verdad.

—¿Dónde está Ana? — preguntó a Davis, que se había levantado para recibirla.

—Está en su habitación, sola — replicó éste con fina ironía.

—¿Llego a tiempo?... ¿No ha ocurrido nada?...

—¿Qué quiere que haya ocurrido? — preguntó irguiéndose con dignidad Neil Davis. — Le prometí tenerle al corriente de todo cuanto ocurriera. Creo que he cumplido mi palabra y que hasta ahora no le he mandado ninguna noticia alarmante.

—No, no; pero, dígame, ¿usted no habrá aún? ...

—¡Cállese! — interrumpió Davis con enojo y energía. — Ha juzgado usted muy mal a su esposa que es digna de todo respeto y admiración.

—Sí, ya sé, ya sé, por eso quiero verla inmediatamente.

—¡Un poco de calma, señor! ¿Qué va usted a hacer? ¿Cómo le explicará de una manera digna quién soy yo y cuál es la misión que usted me confió?

—¡Es verdad!... No había pensado en ello.

—Si su esposa descubriera el juego que usted llevaba, la trampa que le había tendido, ¿cree usted que nunca podría perdonarle?

—¡Oh, no, jamás!

—Si ella supiera que me ha pagado para que la vigilara... para que la tentara... para que la hiciera caer...

—¡Oh, calle, calle!... ¡Sería espantoso!

—Pues entonces déjeme obrar libremente.

—Pero usted no le dirá nada de eso... Usted sabrá guardar el secreto... He venido precisamente para deshacer este malentendido, nacido de mis celos absurdos y locos. ¡Quiero ver a mi mujer!... ¡Quiero que me perdone y que siga amándome!... ¡Jamás volveré a dudar de ella!

—¿Sabrá usted hacerla feliz como se merece?

—Sabré, sí, sabré, la prueba ha sido demasiado dura.

—Entonces déjeme que me despidá de ella. Encontraré mil excusas para hacerla creer que un trabajo urgente me llama lejos de Cuba. Déjeme desaparecer dignamente ante los ojos de su esposa, para que ella nunca pueda sospechar. Deme unos minutos. Le diré que tengo que ausentarme rápidamente, que he recibido un aviso de Nueva York, que... ¡cualquier cosa! Una excusa verosímil para que no pueda sospechar de mi huída en el momento preciso que llega usted a la Habana. Cuando yo me haya marchado suba usted a verla. Yo le prometo que su esposa jamás sabrá lo que ha pasado entre nosotros, si usted me promete hacerla feliz, intensamente feliz.

Schuyler Brooks asintió. Comprendió las razones que asistían al detective, y se quedó en el hall aguardando a que éste descendiera de las habitaciones de su esposa.

Neil corrió a la habitación de Ana a prevenirla, a decirle que su

marido había llegado contrito y pesaroso.

—Trae alzada la bandera de paz — le dijo —. Ana, perdónele usted; sea generosa... ¡y que encuentre en sus brazos la felicidad!

Neil Davis hablaba con una amarga tristeza. Amaba a Ana hasta más allá de lo que jamás hubiera imaginado; pero, como se lo había dicho en otra ocasión, por amor a ella era capaz de realizar incluso el sacrificio de renunciar a ella, si eso podía darle un bienestar y hacerla feliz. Davis sabía que la fortuna de Schuyler Brooks podía, por si sola, borrar las pequeñas faltas nacidas de un exceso de cariño malentendido, al punto que sus escasos medios de fortuna hubieran obligado a aquella mujer acostumbrada a todos los refinamientos a renunciar a muchas de las cosas que hoy le eran indispensables.

Ana le miró con tristeza también, y miró al mismo tiempo a la persona que estaba con ella y en la que Neil no había reparado hasta entonces. Aquella persona era Maurice, el odioso Maurice

L A M U N D A N A

que venía a apremiar con sus exigencias.

Davis miró con desprecio a aquel hombre y dijo enérgicamente:

—Ana, su esposo acaba de llegar y es preciso que la encuentre sola en esta habitación. Yo se lo he garantizado. No podemos hacer nacer en él otra vez las sospechas.

Pero Maurice no parecía comprender las palabras de Davis.

—¿No me ha oído? — le preguntó éste dirigiéndose a él en tono áspero.

—Sí — replicó con descaro el interpelado.

—Entonces, márchese!

—¿Por qué? — preguntó, cínico, Maurice.

—Porque Schuyler no debe verle. Viene decidido a todo. Si le encuentra aquí, es seguro que se le acabará a usted el chantage.

—¡Ah!... ¡Ya comprendo! Usted y esa... señora me han tendido una trampa para deshacerse de mí, ¿no es eso?

—Si fuera usted un chantagista experto, comprendería que tengo razón! ¡Márchese!

—No quiero, ¿entiende?

—No entiendo que sea usted tan ilógico.

—¿Ilógico? ¿Porque quiero asegurarme la cantidad que exijo para guardar silencio?

—Ilógico porque no sabe usted comprender que el tiempo apremia y que para usted es un mal negocio permanecer aquí.

—No me importa. Ya lo veremos. Hay que esperar hasta el fin para saber cuál de los dos tiene razón.

—Míster Brooks sube con dos policías. Yo mismo soy un policía secreta que ha venido espiándole desde que salió usted de Nueva York. Puedo arrestarle ahora mismo y ponerle en manos de la justicia. Pero si usted se marcha, si promete no volver a interponerse en el camino de esta señora, que merece todo nuestro respeto, yo le dejaré libre para que huya donde no le volvamos a ver jamás.

Maurice miraba con ojos recelosos a Ana y a Davis, sin acabar de creer lo que éste le estaba diciendo; pero en aquel momento sonaron en la puerta de la habitación unos fuertes golpes.

—¡Ahí están! — dijo Neil, ba-

jando la voz—. ¡Decida usted entre la cárcel y la libertad! Quiero salvar a la señora Brooks, eso es todo. Huya. Los minutos apremian.

Volvieron a sonar, más persistentes, los golpes en la puerta de la habitación. Maurice, sintiéndose acorralado, quiso huir por el balcón, saltó a una planta trepadora que se enroscaba por los hierros de los barandales, pero el tronco era endeble, cedió al peso de su cuerpo y Maurice se desplomó sobre el pavimento de la calle.

Ana había contemplado, pálida de emoción, aquella escena en la que Neil Davis ponía al descubierto el amor que sentía por ella.

¿Qué otra cosa pudiera haberle movido a defenderla a ella, una desconocida casi, con aquel calor y aquella energía? ¡La amaba y la había defendido de las garras del malvado Maurice, arrancándola de ellas de una vez para siempre!

Ana sentía renacer en su corazón toda su vida sentimental aniquilada por los pasados sufrimientos; sentía crecer dentro de sí un amor grande y sincero hacia Neil, que había sabido conquistarla tan dulce, tan tiernamente, que ya nunca, nunca podría olvidarle.

Ya no le importaban ahora los celos locos de Schuyler, ni le importaba nada en la vida más que el amor de aquel hombre que tan sincero y tan leal se le mostraba.

Schuyler la había hecho sufrir demasiado con sus infundadas sospechas para que ella pudiera perdonarlo; la había injuriado groseramente con aquella persecución indigna y afrentosa, que la ponía al nivel de la más baja ramera... ¡Nunca le podría perdonar!

Mientras había ocurrido la escena anteriormente transcrita, los golpes que daban en la puerta se hicieron cada vez más insistentes y amenazadores. Schuyler Brooks, impacientado al ver que su esposa no le abría la puerta, dudando de nuevo de su honorabilidad, temiendo alguna negra traición, empujó con toda la fuerza de sus hombros para lograr que aquella puerta que parecía maldita cediese a sus exigencias.

Ana, enamorada, llena de emoción por lo que acababa de ocurrir, se echó a los brazos de Neil, que la ampararon dulcemente, y entonces, sólo entonces, dijo con voz clara y serena a los que llamaban:

—¡Adelante!

L A M U N D A N A

—Schuyler Brooks entró y se encontró estrechamente abrazados a Neil Davis y a su mujer!...

Ana, alta y serena, se dirigió a su marido y le dijo con dignidad:

—Has pagado para ver esta escena y no quiero defraudarte; que sea larga y apasionada como tú esperabas que fuera.

Y besó largamente los labios de su amado.

—¡Ana! — exclamó Schuyler con dolido acento—. ¡Ana, perdóname!... Venía en son de paz... Mi hermana me contó todo... todo cuanto tú le habías dicho. ¡Perdóname!

Ana le miró indiferente, casi despectiva. Schuyler continuó:

—He sido un canalla, pero el exceso de amor me ha hecho cometer esos excesos locos de vigilancia y persecución. ¡Te amo, Ana!... Vuelve a ser para mí la que siempre fuiste...

—No, ya no, ya no es posible —dijo Ana con dignidad—. Nunca, nunca podría ser lo que fuí para ti. Has destruído el poco afecto que quedaba entre nosotros. Has recordado de mí siempre, desde que te casaste conmigo... Me has perseguido con tus celos imaginarios, me

has atormentado con tu imaginación fogosa que te hacía presentir el mal sin que él existiera... Ahora has llegado hasta dudar de mi fidelidad, y no sólo has dudado de ella, sino que la has querido someter a una dura prueba. Te has herido con tus propias armas... Ahora sabes ya que no soy tu esposa, que me unía un lazo aún no disuelto, con otro hombre vulgar y perverso... No soy la mujer que tú necesitas... Mi abogado se encargará de arreglar sin escándalo todo este asunto. Lo que has visto al entrar, no era una farsa fingida... era la pura realidad. ¡Neil y yo nos amamos!... El no necesita tener la garantía absoluta de mi honorabilidad; le basta con tenerla de mi amor... Si el amor existe, ¿qué importa todo lo demás?... ¿Qué importa lo que se haya sido... o lo que se podrá ser? Es preciso saber gozar del instante supremo y feliz que nos ofrece el amor. Tú no supiste hacerlo porque no quisiste amar a una mujer, sino tener junto a ti una esclava. Es ya tarde para reparar el mal hecho. Quisiste que el detective Davis me pusiera estrecho cerco hasta hacerme

caer. Tan estrecho ha sido, tan bien ha cumplido su misión, que hemos caído los dos en la trampa que tú quisiste tenderme. ¡Nos amamos!... ¡El mundo es para nosotros!...

Schuyler Brooks había escuchado en silencio las palabras de Ana. Una intensa palidez fué extendiéndose por todo su semblante, y una expresión sombría y desesperada se reflejaba en sus ojos.

—Está bien—dijo con voz sorda—. Vuelve al arroyo de donde yo te saqué, si es tu voluntad...

—Soy lo que tú has querido que fuera, nada más; no tienes por qué reprocharme—le contestó Ana sin alterarse.

—No te reprocho. Sé que yo sólo tengo la culpa de lo que ocurre... No sé qué decir.

—Ya ves; nos afanamos buscando siempre una solución a nuestros problemas y, de pronto, sin saber cómo, el destino mismo se encarga de esfumarlos en el aire como una ligera nube de humo.

—¡Es cierto!... Me cegaron unos celos absurdos que me han conducido hasta perder lo que yo creía era mi felicidad... Quise

complacerme acumulando acusaciones y pruebas que demostrarían la razón de mi tortura... todo era mentira... y, ahora que aquello que yo temía es la realidad pura y descarnada... ahora no me hace sufrir como me hicieron sufrir mis imaginaciones...

Y Schuyler Brooks, sin añadir palabra salió de la habitación a tiempo que en la calle un tumulto de voces y las sirenas del coche ambulancia y de los coches de la policía, vinieron a recordar a los amantes que el cadáver de Maurice yacía como un montón informe sobre las losas del pavimento.

Neil miró inquieto a todas partes:

—Tendremos que dar explicaciones a la policía... ¡Ana, Ana mía, aún no se ha terminado tu martirio!

—¡Buscaremos algo que nos excuse! ¡Nosotros no somos culpables de su muerte!

—Pero todas las apariencias nos acusarán.

—No, ahora que hemos alcanzado la felicidad, no podemos dejar que se escape de nuestras ma-

L A M U N D A N A

nos— dijo Ana mientras revolvía por la habitación en busca de algo que pudiera probar su inocencia.

—¡Salvados! — exclamó de pronto—. Aquí está la carta de Maurice en la que habla de sus intenciones de suicidarse. Lee.

Y le dió a leer aquella carta que había servido a Maurice para atraer a Ana hasta su casa.

“Queridísima Ana: La vida no me brinda más que humillaciones y miserias. Prefiero acabar de una

vez para siempre. Adiós. Maurice”.

—¡Salvados! — exclamó a su vez Neil Davis después de haber leído aquella misiva.

Y los dos amantes, viendo ante sí desvanecidos todos los obstáculos que se acumulaban ante ellos y se interponía en sus vidas apartándoles de la felicidad, se dieron un estrecho abrazo como si quisieran que ya nunca nada ni nadie les pudiera separar.

F I N

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas, y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La viuda alegre	Las tres pasiones.	La princesa se enamora. Honor entre amantes.	El azul del cielo.	Salvada.	Una viuda romántica.
El gran desfile	Cristina, la Holandesa.	Amanecer de amor.	El monstruo de la ciudad	Divorcio por amor.	Rasputin y la Zarina.
Miguel Strogoff o el Correo del Zar	Viva Madrid, que es mi pueblo!	El gran desfile (edición popular).	El hombre que se reía del amor.	Corazones sin rumbo.	usana tiene un secreto.
La princesa que supo amar	Sombrias blancas.	Du Barry, mujer de pasión.	Susan Lenox.	Corazones valientes.	20.000 años en Sing Sing.
El coche número 13	La copla andaluza.	Ríndasel!	Mercado de mujeres.	Irusta-Fugazot-Demare (fuera de serie).	Huérfanos en Budapest.
Sin familia	Los cosacos.	La calle.	Manos culpables.	Los tres mosqueteros.	Milagro?
Mare Nostrum	Icaros.	El prófugo.	La princesa se divierte.	(Los Herretes de la reina).	Vivamos hoy.
Nantás, el hombre que se vendió	El conde de Montecristo	La viuda alegre (edición popular).	La mano asesina.	Milady (2.ª parte de Los tres mosqueteros).	Odio.
Cobra	La mujer ligera.	Miguel Strogoff o el Cuerpo y alma.	El rey de los gitanos.	La calle 42.	Los crímenes del museo.
El fin de Montecarlo	Virgenes modernas.	El impostor.	El sargento X.	Las dos huferanitas.	El secreto del mar.
Vida bohemia	El pagano de Tahití.	Esposa a medias.	Los seis misteriosos.	Cabalgata.	Mis labíos engañan.
Zazá	Estrellas dichosas.	Esclavas de la moda.	Esta edad moderna.	Secretos.	No dejes la puerta abierta
¡Adiós, juventud!	La senda del 98.	Petit Café.	La novia de Escocia.	La feria de la vida.	Dos noches.
El judío errante	Esto es el cielo.	Hay que casar al príncipe.	El mayor amor.	Una morena y una rubia.	La melodía prohibida.
La mujer desnuda	Espejismos.	Los claveles de la Virgen.	El expresivo fantasma.	Como tú me deseas.	El primer derecho de un hijo.
La tía Ramona	Orquídeas salvajes.	El proceso de Mary Du-Isa (La Gioconda).	Al despertar.	El relicario.	Canción de Oriente.
Casanova	El caballero.	Al pareja de baile.	El robo de la Monna Lisa (La Gioconda).	El amor y la suerte.	El rey de los fósforos.
Hotel imperial	Egoísmo.	Al Capone (Pánico en Chicago).	La edad de amar.	Yen.	La Cruz y la Espada.
Don Juan, el burlador de Sevilla	La máscara del diablo.	Marruecos.	La dama misteriosa.	Bolliche.	El canto del ruiseñor.
Noche nupcial	El pan nuestro de cada día.	En cada puerto un amor.	Los claveles de la Virgen.	¡Tú eres mío!	Adiós a las armas.
El séptimo cielo	Vieja hidalguita.	Conoces a tu mujer?	Al pareja de baile.	La llama eterna.	La vida privada de Enrique VIII.
Beau Geste	Posesión.	El millón.	Al Capone (Pánico en Chicago).	Un hombre de corazón.	El padre ideal.
Tentación.	Tentación.	La mujer X.	Al pareja de baile.	El hijo de la parroquia.	El judío errante.
Los vencedores del fuego	La pecadora.	Gente alegre.	Al Capone (Pánico en Chicago).	Letty Lynton.	El hijo de la parroquia.
La mariposa de oro	El beso.	Mar de fondo.	Al Capone (Pánico en Chicago).	Barrio Chino.	Yo, tú y ella.
Ben-Hur	Ella se va a la guerra.	La llama sagrada.	Al Capone (Pánico en Chicago).	Un ladrón en la alcoba.	El cantar de los cantares.
El demonio y la carne	Los hijos de nadie.	La ley del harén.	Al Capone (Pánico en Chicago).	La llama eterna.	El cantar de los cantares.
La castellana del Líbano	El pescador de perlas.	Vidas truncadas.	Al Capone (Pánico en Chicago).	Un hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
La tierra de todos	Santa Isabel de Ceres.	La fiera del mar.	Al Capone (Pánico en Chicago).	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
Trípoli	Las dos huérfanas.	Tabú.	Al Capone (Pánico en Chicago).	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
El rey de reyes	La canción de la estepa.	El pasado acusa.	Al Capone (Pánico en Chicago).	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
La ciudad castigada	El precio de un beso.	Papá piernas largas.	Al Capone (Pánico en Chicago).	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
Sangre y arena	La rapsodia del recuerdo	Trader Horn.	Al Capone (Pánico en Chicago).	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
Aguilas triunfantes	Delikatessen.	Un yanqui en la corte del rey Arturo.	Al Capone (Pánico en Chicago).	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
El sargento Malacara	Del mismo barro.	Del código penal.	Al Capone (Pánico en Chicago).	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
El capitán Sorrell	Estrellados.	La pura verdad.	Al Capone (Pánico en Chicago).	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
El jardín del edén	Cuarto de infantería.	Maternidad, o el derecho a la vida (fuerza de serie).	Al Capone (Pánico en Chicago).	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
La princesa mártir	Olimpia.	Los amores de José M. jica (fuerza de serie).	Al Capone (Pánico en Chicago).	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
Ramona	Monsieur Sans-Géne.	Carbón (La tragedia de la mina).	El caballero de la noche.	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
Dos amantes	Sombras de gloria.	Arsène Lupin.	Arsène Lupin.	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
El príncipe estudiante	Mamba.	Estudiantina.	La dama del 13.	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
Ana Karenine	Ladrón de amor.	Las peripécias de Skippy.	Amor en venta.	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
El destino de la carne	Molly (la gran parada).	El camino de la vida.	El pecado de Madelón Claudet.	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
La mujer divina	El valiente.	Noches de Viena.	La casa de los muertos.	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
Alas	¡De frente, marchen!	¡Qué viudita!	Titanes del cielo.	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
Cuatro hijos	Prim.	El carnet amarillo.	El proceso Dreyfus.	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
El carnaval de Venecia	El presidio.	Los hijos de la calle.	La vida de un gran artista.	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
El ángel de la calle	Romance.	La divorciada.	El último varón sobre la Tierra.	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
La última cita	El gran charco.	Madame Satán.	Fantomas.	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
El enemigo	Tempestad.	¿Cuándo te suicidas?	Violetas imperiales.	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
Amantes	El dios del mar.	Marianita.	Soy un fugitivo.	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
La bailarina de la Ope- ra.	Anne Christie.	La incorregible.	Teresita.	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
Moulin Rouge.	Horizontes nuevos.	El malo.	La película de las estrellas.	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
Ben Ali.	Ben-Hur (edición popular).	El pavo real.	Grand Hotel (fuerza de serie).	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
Los cuatro diablos.	Wu-li-chang.	Bajo el techo de París.	Hollywood al desnudo.	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
¡Ríe, payaso, ríe!	Montecarlo.	Vienna.	Sangre roja.	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
Volga, Volga.	Camino del infierno.	Viva la libertad!	El doctor X.	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
La sinfonía patética.	¡Mío serás!	Malvada.	Emma.	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
Un cierto muchacho.	¡Aleluya!	El teniente del amor.	Primavera en otoño.	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
Nostalgia!	La mujer que amamos.	Delicioso.	El hijo del destino.	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
La ruta de Singapore.	Al compás de 3-4.	Cielo robado.	Ella o ninguna.	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
La actriz.		Amargo idilio.	El enemigo en la sangre.	El hombre de corazón.	El cantar de los cantares.
Mister Wu.					
Renacer.					
El despertar.					
La melodía del amor.					

El azul del cielo.
El monstruo de la ciudad.
El hombre que se reía del amor.
Susan Lenox.
Mercado de mujeres.
Manos culpables.
La princesa se divierte.
La mano asesina.
El rey de los gitanos.
El sargento X.
Los seis misteriosos.
Esta edad moderna.
La novia de Escocia.
Besos al pasar.
El mayor amor.
El expreso fantasma.
Al despertar.
El robo de la Monna Lisa (La Gioconda).
La edad de amar.

Salvada.
Divorcio por amor.
Corazones sin rumbo.
Corazones valientes.
Irusta-Fugazot-Demare (fuera de serie).
Los tres mosqueteros.
(Los Herretes de la reina).
Milady (2.ª parte de Los tres mosqueteros).
Eslavitud.
La calle 42.
Las dos huferanitas.
Cabalgata.
Secretos.
La feria de la vida.
Una morena y una rubia.
Como tú me deseas.
El relicario.
La amargura del general.
Yen.
El amor y la suerte.

Una viuda romántica.
Rasputin y la Zarina.
usana tiene un secreto.
20.000 años en Sing Sing.
Huérfanos en Budapest.
Milagro?
Vivamos hoy.
Odio.
Los crímenes del museo.
El secreto del mar.
Mis labios engañan.
No dejes la puerta abierta.
Dos noches.
La melodía prohibida.
El primer derecho de un hijo.
Canción de Oriente.
El rey de los fósforos.
La Cruz y la Espada.
El canto del ruiseñor.
Adiós a las armas.
¡Tú eres mío!

La vida privada de Enrique VIII.
Fra Diavolo.
El padrino ideal.
El judío errante.
El hijo de la parroquia.
Letty Lynton.
Barrio Chino.
Yo, tú y ella.
Un ladrón en la alcoba.
El cantar de los cantares.
La llama eterna.
Un hombre de corazón.
Sierra de Ronda.
El rey de los fósforos.
La Cruz y la Espada.
El canto del ruiseñor.
Adiós a las armas.
¡Tú eres mío!

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

CATALINA DE RUSIA

por ELIZABETH BEGNER, DOUGLAS FAIRBANKS, Jr.

En preparación:

El sensacional asunto «FUERA DE SERIE» POR UN SOLO DESLIZ

Una lección a la juventud
Dada la índole del asunto, se edita FUERA DE SERIE.
Precio: 1 peseta

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

NO SE DEJE USTED SORPRENDER!
EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

COLECCIONE USTED EL NUEVO ÉXITO DE
Ediciones BISTAGNE
LOS MEJORES FILMS

NÚMEROS PUBLICADOS:

CHANDÚ (Fantasía oriental), por Edmund Lowe e Irene Ware.
EL DINERO TIENE ALAS, por Will Rogers, Dorothy Jordan, etc.
NO QUIERO SABER QUIÉN ERES, por Liane Haid y Gustav Froehlich.
LA MUJER PINTADA, por Peggy Shannon y Spencer Tracy.
¡ALÓ, PARÍS!, por Joseite Day y Wolfgang Klein.
PÁJAROS DE NOCHE, por Anny On- dra, Ivan Petrovich, etc.
LA BAILARINA SANS-SOUCI, por Lil Dagover, Otto Gebühr, etc.
UNA AVENTURA AMOROSA, por Mary Glory, Albert Préjean, etc.
DE PURA SANGRE, por Clark Gable, Madge Evans, etc.
EL BESO REDENTOR, por Charles Farrell, Joan Bennett, etc.
RAFFLES, por Ronald Colman, Kay Francis, David Torrence, etc.
ABISMOS DE PASIÓN, por Jean Harlow y Walter Byron.
LA BANDA DE LAS PERLAS NEGRAS, por Hugh Wakielield, etc.
EL ABOGADO DEFENSOR, por Edmund Lowe, Evelyn Brent, etc.
EL HOMBRE QUE VOLVIÓ, por Conrad Nagel, Doris Kenyon, etc.
SEIS HORAS DE VIDA, por Warner Baxter, Miriam Jordan, etc.
EL ETERNO DON JUAN, por Adolph Menjou, Irene Dunne, etc.
EL BAILE, por André Lefaur, Germaine Dermoz, etc.
MI CHICA Y YO, por Joan Bennett, Spencer Tracy, etc.

AVVENTURA DE UNA MUJER BONITA, por Lil Dagover, etc.
ALCOHOL PROHIBIDO, por Dorothy Jordan, Robert Young, etc.
ESTA NOCHE O NUNCA, por Gloria Swanson, Melvyn Douglas, etc.
EL PÁNUELO INDIO, por Cathleen Nesbitt, Emlyn Williams, etc.
EL HOMBRE DEL ANTIFAZ BLANCO, por Renée Gadd, etc.
LA PRINCESA DEL «5-10», por Marion Davies, Leslie Howard, etc.
ALMAS TORTURADAS, por Evelyn Brent, Conrad Nagel, etc.
ENTRE DOS CORAÑONES, por Douglas Fairbanks, Jr., Rose Hobart,..
PIERNAS DE PERFIL, por Buster Keaton, Jimmy Durante, etc.
EL MARIDO DE LA AMAZONA, por Elissa Landi, Ernest Truex, etc.
AMORES DE OTOÑO, por Luis Alonso (Gilbert Roland), Lew Cody, etc.
LA CONSENTIDA, por Carole Lombard, Walter Connolly, etc.
LUCHA DE SEXOS, por Fay Wray, Gene Raymond, Claire Dodd, etc.
UNA CLIENTE IDEAL, por René Lefeuvre.
DE CARA AL CIELO, por Marion Nixon y Spencer Tracy.
SOÑADORES DE LA GLORIA, por Miguel C. Torres, Lia Torá, etc.
MI DEBILIDAD, por Lilian Harvey, Lew Ayres.
LA MASCARA DE FU MANCHU, por Boris Karloff, Lewis Stone, etc.

Lujosa presentación - 8 interesantes fotografías
en papel couché. :: Precio: 50 céntimos

COLECCIONE USTED EL NUEVO ACIERTO DE
Ediciones BISTAGNE
EXITOS CINEMATOGRÁFICOS

NÚMEROS PUBLICADOS:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Elissa Landi, Victor Mac Lagen, etc.
LA CONDESA DE MONTE-Cristo, por Brigitte Helm.
AMOR PROHIBIDO, por Adolphe Menjou y Barbara Stanwyck.
UNA MUJER DE MALA FAMA, por Mary Christians, Hans Stowe, etc.
UNA NOCHE EN EL PARAISO, por Arly Ondra.
JAQUE AL REY, por Emile Chautard, Pauline Garon.
PARIS-MEDITERRANEO (Dos en un coche), por Annabella y Jean Murat.
PAPA POR AFICION, por Warner Baxter y Marian Nixon.
BAJO EL CIELO DE CUBA, por Lawrence Tibbet, Lupe Vélez, etc.
LA CHICA DEL GUARDARROPA, por Sally Eilers, Ben Lyon, etc.
EL HACHA JUSTICIERA, por Edward G. Robinson, Loretta Young, etc.
CON EL FRAC DE OTRO, por William Haines y Dorothy Jordan.
CONDENADO, por Ronald Colman.
MONSIEUR MADAME Y BIBI, por Mary Glory y René Lefebvre.
ILUSION JUVENIL, por Marian Marsh Anita Page, etc.
EL DORADO OESTE, por George O'Brien.
ENTRE DOS FUEGOS, por Joan Bennett y Ben Lyon.
LA REINA KELLY, por Gloria Swanson, Walter Byron y Seena Owen.
SU GRAN SACRIFICIO, por Richard Barthelmess, Mae Marsh, etc.
TRAS LA MASCARA, por Jack Holt, Boris Karloff, etc.

TRES RUBIAS, por Ina Claire, Madge Evans, Joan Blondell, etc.
ENTRE DOS ESPOSAS, por Sally Eilers, Ralph Bellamy, etc.
AGUILAS HUMANAS, por Liane Haid, etc.
DESILUSION, por Helen Twelvetrees, Eric Linden, Arline Judge, Cliff Edwards, etc.
LA CUEVA DE LOS BANDIDOS, por George O'Brien, Maureen O'Sullivan, etc.
NADA MAS QUE UN GIGOLÓ, por William Haines, Irene Purcel, María Alba, etc.
LOS HIJOS DE LOS «GANGSTERS», por Boris Karloff, Leo Carrillo, etc.
LA DAMA AZUL, por Joseline Gail, André Baugé, etc.
AMOR PELIGROSO, por Warner Baxter, Miriam Jordan, etc.
EL PARAISO DEL MAL, por Ronald Colman.
CARAS FALSAS, por Lowell Sherman, etc.
PROHIBIDO, por Conchita Montenegro, etc.
POLLY, LA CHICA DEL CIRCO, por Marion Davies y Clark Gable.
VIDAS INTIMAS, por Norma Shearer.
HACIA LA LUZ, por Marilyn Miller, etc.
SUERTE DE MARINO, por Sally Eilers.
LA PELIRROJA, por Jean Harlow.
TORERO A LA FUERZA, por Eddie Cantor.
LA FLOR DE HAWAII, por María Eggerth.
LA CASARSE, MUCHACHAS!, por Renate Muller y Hermann Thimig.
CON PASIÓN, por Fernand Gravey, Florelle.
TRES VIDAS DE MUJER, por Warren William.
SU UNICO PECADO, por Ronald Colman.
SI YO TUVIERA UN MILLON, por Gary Cooper.
HUMANIDAD, por A. Kirkland, Boots Mallory

Lujosa presentación - 8 interesantes fotografías
en papel couché. :: Precio: 50 céntimos

Ediciones BISTAGNE

le recomienda las siguientes publicaciones:

Exitos cinematográficos

Publicación semanal a base de películas de relieve - Ilustraciones en papel couché.

Precio: 50 cts.

Los mejores films

Publicación semanal de gran presentación - Ilustraciones en papel couché.

Precio: 50 cts.

El film de hoy

52 páginas de texto. - 5 Ilustraciones interiores.
Postal-regalo.

Precio 50 cts.

EL SOBRE SEMANAL y EL SOBRE DE CINE SONORO

Conteniendo una novelita de cine completa con su correspondiente postal, a 15 cts.

Cowboys y Detectives

Asuntos de emoción, completos, inmejorable presentación y excelente texto, a 15 cts.

Y LAS SELECTAS

EDICIONES ESPECIALES

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas.
250 títulos publicados.

Precio: 1 peseta

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis. BARCELONA

5
E. B.



Precio: Una peseta